

Narrar lo propio

Migrantes
de México
en Chicago



Sylvia Aguilar Zéleny

Es una escritora bilingüe. Recibió su *Master of Fine Arts* en la Universidad de Texas en El Paso, donde actualmente es profesora asistente. En los niveles de licenciatura y posgrado imparte cursos de ficción, no ficción y pedagogía para la escritura creativa. En 2021 coordinó el Laboratorio de Escrituras Disidentes para el Museo Universitario del Chopo. Ha impartido diversos talleres de creación en México, España y Colombia. Es autora de *The Everything I Have Lost* (2019), *El Libro de Aisha* (2020) y *Basura* (2020), entre otros. Parte de su obra se ha traducido al inglés, al francés y al italiano. De 2016 a 2022 coordinó CasaOctavia, residencia para escritoras y autorxs LGBTQI+.

Narrar lo propio

Migrantes
de México
en Chicago

**Universidad Nacional
Autónoma de México**

Enrique Graue Wiechers
Rector

Patricia Dolores Dávila Aranda
Secretaria de Desarrollo Institucional

Rosa Beltrán Álvarez
Coordinadora de Difusión Cultural

Anel Pérez Martínez
Directora de Literatura y Fomento a la Lectura

Francisco José Trigo Tavera
Coordinador de Relaciones y Asuntos Internacionales

Guillermo Pulido González
Director de la UNAM-Chicago



Narrar lo propio

Migrantes
de México
en Chicago

Sylvia Aguilar Zéleny
Compiladora

Alejandro Romero
Olivia Maciel
Carlos Arango
Juan Díes
Margarita Moreno
Maya Piña
Nora Sotelo
Héctor García Chávez
Gissel Escobedo

Índice

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: Aguilar Zéleny, Sylvia, editor. | Romero, Alejandro, autor. | Maciel, Olivia, autor. | Arango, Carlos, autor. | Dies, Juan, autor. | Moreno, Margarita, autor. | Piña, Maya, autor. | Sotelo, Nora, autor. | García Chávez, Héctor, autor. | Escobedo, Gissel, autor.

Título: Narrar lo propio : migrantes de México en Chicago / Sylvia Aguilar Zéleny, compiladora ; Alejandro Romero, Olivia Maciel, Carlos Arango, Juan Dies, Margarita Moreno, Maya Piña, Nora Sotelo, Héctor García Chávez, Gissel Escobedo.

Otros títulos: Migrantes de México en Chicago.

Descripción: Primera edición. | Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura, 2023. | Serie: Colección Taller ; 1. | "UNAM Chicago, SDI Secretaría de Desarrollo Institucional".

Identificadores: LIBRUNAM 2218134 | ISBN 9786073081450.

Temas: Mexicanos -- Illinois -- Chicago -- Relatos personales. | Artistas -- Illinois -- Chicago -- Relatos personales. | Autoras mexicanas -- Illinois -- Chicago -- Relatos personales. | Chicago (Illinois) -- Emigración e inmigración.

Clasificación: LCC F548.9.M5.N37 2023 | DDC 304.873072—dc23

Primera edición: octubre de 2023

Compilación y prólogo
Sylvia Aguilar Zéleny

Coordinación de la colección
Julieta García González

Edición | Coordinación editorial
Eduardo Cerdán

Diseño y formación | Diseño de colección
Primate / Iván Krassoievitch, Alexis Yasky

Portada
Alejandro Romero
Eco de un sueño (detalle), 13 x 19", acuarela/papel, 2023

d.r. © Universidad Nacional Autónoma de México
Avenida Universidad 3000, Ciudad Universitaria
Coyoacán, 04510, Ciudad de México
Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura

d.r. © de los textos, sus autores

ISBN 978-607-30-8145-0

ISBN de la colección 978-607-30-8144-3

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales.

La responsabilidad de los textos recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Impreso en offset.

Impreso y hecho en México.

Denuncia, conjuro, utopía · Anel Pérez	11
Desde la Ciudad de los Vientos · Guillermo Pulido González	15
Narrar lo propio: la genuina añoranza de ser mexicano · Sylvia Aguilar Zéleny	19
Quijote mexicano en Chicago · Alejandro Romero	25
Nombres, libros, tiempo, (des)arraigo · Olivia Maciel	31
México más allá de sus fronteras · Carlos Arango	41
El corrido de Juan Sin Tierra · Juan Dies	47
Tamales · Margarita Moreno	63
La marcha de migrantes nunca se acaba · Maya Piña	69
Mi camino · Nora Sotelo	75
<i>Are you really Mexican?</i> o una triangulación de recuerdos de unx mexicanx · Héctor García Chávez	83
La noche de las elecciones del 2016 · Gissel Escobedo	89
Semblanzas	103

Denuncia, conjuro, utopía

Anel Pérez

*Directora de Literatura
y Fomento a la Lectura de la UNAM*

Apenas unas semanas después de que yo entrara al frente de esta Dirección, la COVID-19 nos obligó a habitar un espacio de recogimiento. Lo de afuera se enrareció de súbito. Había muy poco sitio para las certezas, pero afortunadamente seguían de nuestro lado algunas herramientas para atajar un hecho tan abrumador como una pandemia. Me refiero a las palabras y la imaginación, a la lectura y la escritura. Todas ellas eran, por un lado, recursos para hacer frente al miedo; para proponer, incluso desde el discurso científico, un futuro mejor. Eran, asimismo, instrumentos para hablar sobre lo de afuera, sobre eso que se había vuelto una amenaza, pero también eran materiales para narrarnos, cifrar nuestra identidad y tratar de explicarnos qué lugar ocupábamos en ese nuevo mundo enrarecido. Quienes formamos parte de la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura constatamos entonces, una vez más, que la literatura es muchas veces sinónimo de refugio.

Mucho ha transcurrido desde aquel distante 2020. Persiste, aun así, una convicción que ha guiado nuestro quehacer en esta dependencia universitaria: la cultura escrita es una forma de salvación y una de las mejores vías para entender(nos). “Escribo como si fuera a salvar la vida de alguien”, apunta Clarice Lispector al inicio de *Un soplo vida*, y enseguida acota: “Probablemente mi propia vida”. Con esto en mente, y considerando que la

migración —actividad ecuménica— es uno de los temas más apremiantes de nuestro presente, desarrollamos junto con la UNAM-Chicago el proyecto que ha derivado en este libro. Con la guía de la escritora y tallerista Sylvia Aguilar Zéleny, nueve migrantes de México en Chicago —mujeres y hombres relacionados con el arte, el periodismo, la enseñanza, el activismo y la gestión cultural— se valieron de la palabra literaria para contar con arrojo sus propias historias, las que están reunidas aquí.

Narrar lo propio. Migrantes de México en Chicago es una conmovedora reunión de testimonios que tienen mucho de denuncia, por un lado, pero también de conjuro contra el olvido e incluso de utopía, asomos de esperanza. Con recursos de la crónica, el cuento y el ensayo, quienes colaboran en esta antología hacen valiosísimos ejercicios retrospectivos que llaman la atención sobre varios de nuestros pendientes como sociedad: políticas migratorias justas, acciones que realmente abonen a la inclusión, así como el respeto a la diversidad y a los derechos humanos, sólo por mencionar unos cuantos. Además, sin dejar de lado que este compendio habla desde y sobre la resistencia, quiero subrayar que *Narrar lo propio* es una obra literaria fascinante, divertida, polifónica, a ratos lírica, a veces cruel, y que destila —en cada uno de los textos— una honestidad que en tiempos de intolerancia se vuelve casi urgente, de veras necesaria.

Sólo me resta, por último, agradecer enormemente a la UNAM-Chicago: a su titular, Guillermo Pulido, y a su equipo, en especial a Erika Erdely y Alberto Foncerrada, por la complicidad y el trabajo constante y entusiasta. También agradezco muchísimo a la secretaria de Desarrollo Institucional de la UNAM, Patricia Dávila, por su inmenso apoyo para hacer posible este proyecto, así como a Julieta García González y Eduardo Cerdán, por su labor como parte de la Dirección que represento. Por su respaldo institucional invaluable, gracias al rector Enrique Graue; a Rosa Beltrán, coordinadora de Difusión Cultural, y a Francisco Trigo, coordinador de Relaciones y Asuntos Internacionales. Va mi agradecimiento a Sylvia Aguilar Zéleny —migrante ella misma—, por haber conducido con éxito el taller del que germinaron los textos de este libro, y desde luego a quienes protagonizan estas páginas:

Alejandro Romero, Olivia Maciel, Carlos Arango, Juan Díes, Margarita Moreno, Maya Piña, Nora Sotelo, Héctor García Chávez y Gissel Escobedo, gracias por su empeño, su talento y —sobre todo— gracias por sus historias.

Ahora, lejos del encierro pandémico, nos toca seguir imaginando futuros mejores a través de la palabra escrita. Escribamos y leamos, pues, como si fuéramos “a salvar la vida de alguien”, nuestras propias vidas.



Desde la Ciudad de los Vientos

Guillermo Pulido González

Director de la UNAM-Chicago

Hace más de dos décadas se fundó la Escuela de la UNAM en Chicago con el objetivo de complementar el eje académico internacional trazado por nuestra institución desde 1944, en Texas, mediante sus escuelas de extensión universitaria. El propósito primordial es ampliar al máximo las funciones sustantivas de la Universidad Nacional: docencia, investigación y difusión de la cultura. Como entidad académica, una de nuestras principales responsabilidades es la creación de programas y proyectos que contribuyan al compromiso de la UNAM con los mexicanos, estén donde estén.

Durante más de 20 años hemos abierto camino, construido puentes y establecido una sólida colaboración con la comunidad mexicana y latina residente en esta ciudad. Chicago, sin lugar a dudas, ha sido y sigue siendo una ciudad de migrantes, así como escenario de tensiones étnicas y una lucha incansable contra el racismo. Aunque todavía queda mucho por hacer en términos de justicia y bienestar social, la migración ha desempeñado un papel fundamental como motor de desarrollo económico y social, lo que convierte a Chicago en una de las metrópolis más importantes de Estados Unidos. La diversidad, como señaló el reconocido escritor Carlos Fuentes, es su sello distintivo y “la mejor definición de la democracia y la cultura”.

Es precisamente por lo anterior que la UNAM-Chicago y la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura de la UNAM se enorgullecen en presentar el libro *Narrar lo propio. Migrantes de México en Chicago*, una colección de voces respetadas y diversas que, a través de sus valiosas historias, reflejan la existencia de muchas otras. Cada relato ilustra el pasado, el presente y la voluntad de contribuir a un entorno mejor en el futuro. Las luchas internas, las nostalgias y los logros expuestos son sólo algunos ejemplos del periplo vital de los millones de individuos que cada año se atreven a cruzar las fronteras que delimitan territorios.

Las experiencias narradas en este volumen nos brindan una visión privilegiada de la travesía de quienes escriben aquí, las oportunidades que se les presentaron, los desafíos que enfrentaron y los cambios internos que experimentaron. Cada texto muestra de manera única a una comunidad en constante evolución, que ha dejado una huella indeleble en el tejido social, cultural y económico de la Ciudad de los Vientos.

Cabe destacar que los autores, a pesar de ser bilingües, han decidido escribir sus textos en lengua española, como un significativo homenaje a su herencia. Al respecto, retomo el siguiente párrafo del nuevo *Diccionario de mexicanismos. Propios y compartidos* (Espasa/Academia Mexicana de la Lengua, 2022):

Todos los seres humanos hemos recibido la lengua que hablamos como una herencia del pasado. Esta lengua, además de permitirnos comunicarnos con nuestros semejantes, nos convierte en portadores de la cultura y la visión del mundo de aquellos que la utilizaron antes que nosotros. A su vez, como dueños de la lengua, la renovamos y la actualizamos, en nuestro camino de transmitirla a otras personas.

Expreso nuestra gratitud y admiración a cada uno de los autores por su dedicación y talento al lograr textos que, desde una perspectiva profundamente humana, exponen las complejidades de la experiencia migratoria y tocan el corazón a través de sus palabras.

Los textos escritos por la comunidad participante son el producto de un taller de escritura creativa impartido por Sylvia Aguilar Zéleny, a quien agradezco profundamente por su experto trabajo, gracias al cual este proyecto ha llegado a buen puerto. También quiero agradecer fraternalmente a la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura; a su titular, Anel Pérez, con quien emprendimos hace un año la idea de abordar los temas de la migración mexicana desde una perspectiva literaria. Asimismo, quiero reconocer el dedicado esfuerzo de los equipos de trabajo de la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura y la UNAM-Chicago, en especial a Julieta García González, Erika Erdely, Alberto Foncerrada y Eduardo Cerdán.

Quiero hacer una mención especial al destacado y entusiasta papel desempeñado por la Secretaría de Desarrollo Institucional de la UNAM, que respaldó de manera decisiva este proyecto universitario. Por ello expreso mi gratitud a su titular, Patricia Dávila. También quiero extender mi agradecimiento a Francisco Trigo y a Rosa Beltrán por su invaluable apoyo y contribución al proyecto internacional y cultural de nuestra institución, y en particular al rector Enrique Graue por mantener en alto la dignidad y calidad de la Universidad de la Nación.



Narrar lo propio: la genuina añoranza de ser mexicano

Sylvia Aguilar Zéleny

*Los inmigrantes no pueden escapar de su historia
más de lo que uno puede escapar de su sombra.*

ZADIE SMITH

“Tuve que salir de casa para poder encontrarme, encontrar mi propia naturaleza”, dice Gloria Anzaldúa¹. En los textos de *Narrar lo propio. Migrantes de México en Chicago*, los lectores descubrirán lo que significó para los autores dejar su casa, su país y su idioma. La migración, con y sin documentos, de México a Estados Unidos es un tema harto conocido. Mucho se ha investigado al respecto para medios periodísticos o espacios académicos, e incluso en proyectos fílmicos y de ficción: desde estudios sobre el programa de braseros a inicios de los cuarenta hasta esta enorme ola migratoria de los últimos cinco años. Este libro pone en la mesa discusiones necesarias que son el reflejo de la compleja —y a veces contradictoria— relación entre México y Estados Unidos.

Si bien reconocemos el fenómeno migratorio, a mayor o menor grado, no es sino a través de testimonios y relatos en primera persona de los migrantes mismos como nos acercamos más íntimamente a esta experiencia que es la misma y aun así distinta para cada quien. He ahí la importancia de esta antología: sus autores nos muestran no sólo sus motivaciones para migrar, sino los distintos aprendizajes y procesos de adaptación que enfrentaron. Más aún, los lectores de cada una de estas piezas habrán de descubrir uno de los grandes retos de estos migrantes: encontrarle un lugar a México en la cotidianidad de Chicago.

¹ Gloria Anzaldúa, *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza*. Aunt Lute Books, 2012.

Este libro es el resultado del taller “Narrar lo propio” que, por invitación de Literatura UNAM y la UNAM-Chicago, tuve el placer de coordinar entre enero y marzo de 2023. El grupo estuvo integrado por personas de diversas generaciones y con distintas procedencias, todas dispuestas a contar su vida en Estados Unidos. Durante nuestras sesiones, en charlas y ejercicios, me quedó claro que, sin importar su edad o las razones para migrar a Estados Unidos, en los nueve autores hay un deseo de no olvidar. ¿No olvidar qué? Quien se es, quien se es como resultado de herencias familiares y culturales, porque, como bien dice Carlos Arango —autor incluido en esta colección—, “México se refleja en Chicago”.

Durante las primeras sesiones del taller nuestro trabajo consistió en aprender y poner en práctica formas de hablar del yo antes de decidir cuáles anécdotas y experiencias serían la materia prima de sus textos. Algo que vale la pena mencionar es que algunos integrantes del taller ya se conocían entre sí y el trabajo semanal ayudó a conocer a los demás, o bien conocerse mejor, y esto les permitió —por un lado— sentirse en confianza para compartir sus vivencias, pero además animarse unos a otros para que esos detalles de su vida que relataron en corto se volcaran en el terreno narrativo.

Valiéndonos del método de Liz Lerman para comentar los textos, los alumnos tomaron la palabra para compartir primero qué era lo que querían de su texto y sus preocupaciones para lograr su cometido. Como lectores hicimos una escucha activa, contestamos preguntas y realizamos otras para juntas descubrir todo lo que el texto aún podía decir. Así pues, cada pieza es el resultado de una práctica de coescritura; volcamos nuestra atención a las búsquedas de los autores, a las necesidades del texto y a las posibles inquietudes de sus lectores, ya en Estados Unidos, ya en México.

En esta antología hay autores que llegaron a Estados Unidos a inicios de los años setenta en su juventud, tal es el caso de Alejandro Romero, Olivia Maciel y Carlos Arango; autoras llegadas —ya en la edad adulta— entre los

noventa e inicios de los dos mil, como Nora Sotelo y Maya Piña; y autores cuya llegada fue en la niñez o preadolescencia: Margarita Moreno, Juan Díes, Héctor García Chávez y Gissel Escobedo, personas cuya imagen de México se construye por resabios de su memoria, anécdotas vacacionales o bien por los relatos de sus padres. Los autores de este último grupo, además, nos muestran cómo navegaron el espacio doméstico en español y el espacio social en inglés, lo cual trae otra capa de consciencia a sus relatos.

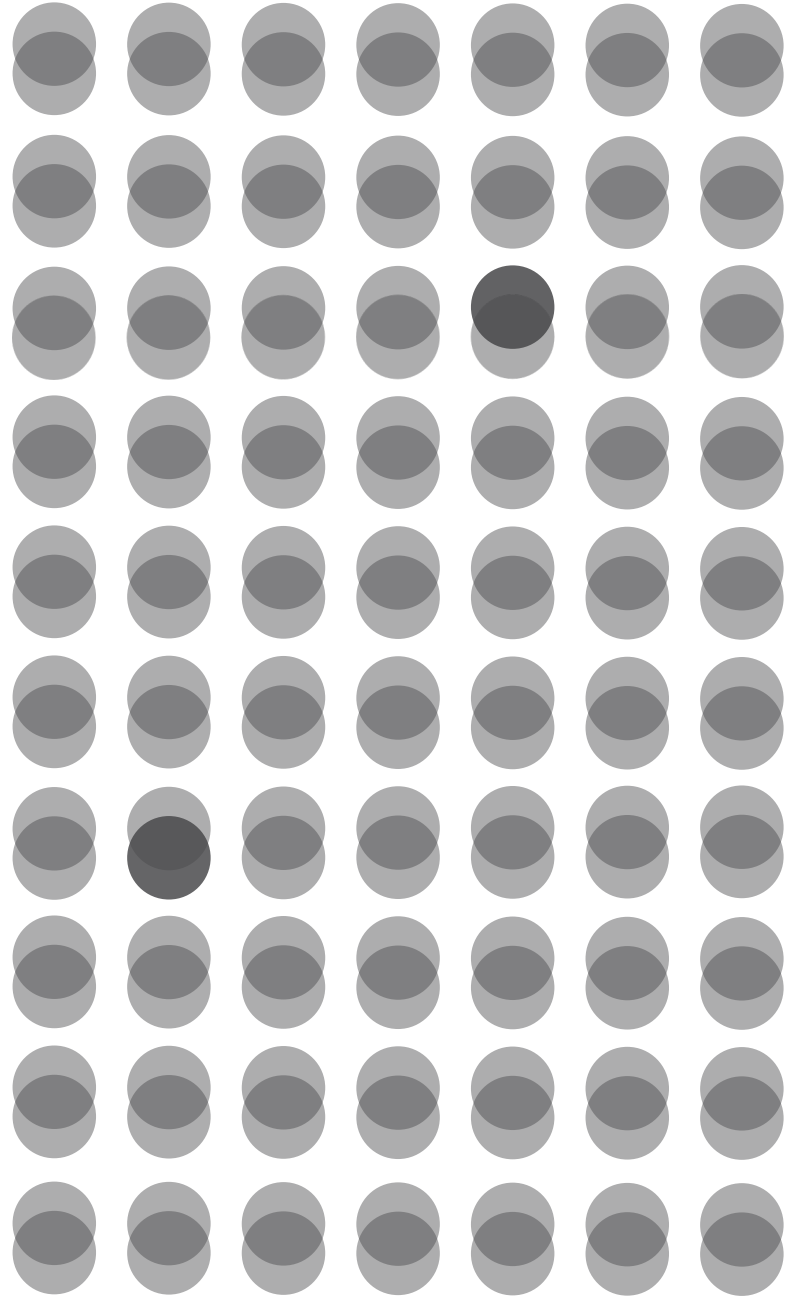
Hay un hilo común entre los textos, y esto tiene que ver con los espacios en que se mueven sus autores, pues todos se colocan profesionalmente en el área del arte, las letras, la educación y la cultura. Chicago se vuelve en estas páginas un lienzo enorme cuyas formas, colores y cadencias son, a su vez, distintas formas de activismo. Los autores nos hablan de murales, conciertos, clases y talleres, marchas, vinculaciones tantas con la comunidad de uno de los barrios más mencionados aquí: Pilsen.

Se observan en estas páginas muchos ejemplos de resistencia, solidaridad y cuidados. Pienso en el texto de Margarita Moreno, quien, al contarnos sobre cómo hace tamales con sus hijas, nos recuerda también la importancia de mantener viva la herencia mexicana. Carlos Arango, Alejandro Romero y Nora Sotelo comparten ejemplos conmovedores de apoyo en la difícil tarea de hacer un nuevo hogar en otro país. Juan Díes, Héctor García Chávez y Olivia Maciel nos permiten observar las diferencias culturales entre un país y otro. Maya Piña y Gissel Escobedo nos internan en lo que significa luchar por mantener su lugar en el país de adopción.

En esta antología resalta una diversidad de voces que migraron voluntaria o involuntariamente; las suyas son experiencias íntimas, sí, pero al estar atravesadas por situaciones de índole social, económica y política, es difícil no pensarlas como, diría Sara Ahmed, “prácticas culturales que se convierten en un asunto colectivo, más que privado”².

Lejos de narrar el llamado “sueño americano”, nuestros autores nos regalan en *Narrar lo propio* su genuina añoranza de ser mexicano y lo que ha implicado seguir siéndolo en Estados Unidos.

² Sarah Ahmed, *La política cultural de las emociones*. UNAM, 2015



Quijote mexicano en Chicago

Alejandro Romero

Aterricé en Chicago en el invierno de 1975. Cuando llegué al aeropuerto O'Hare me sorprendí porque nadie había venido a recogerme. Era un día soleado pero frío. Yo venía de Albuquerque, Nuevo México, donde había tenido una serie de exposiciones de obras pictóricas. Era mi primera oportunidad de exhibir en Chicago State University. El doctor Víctor Sorell, historiador de arte y director de la Escuela de Artes Plásticas de este plantel, me había extendido la invitación.

El amigo que me iba a hospedar no estaba en la ciudad, pero tuve la suerte de que el encargado de la organización enviara por mí a una persona que me dio alojamiento en las oficinas unos cuantos días y, después, en su departamento por un par de semanas. Sin embargo, pronto tuve que buscar otras posibilidades para no abusar de su amabilidad.

Afortunadamente, en el trayecto de Albuquerque a Chicago hice amistad con el pasajero que viajaba a mi lado. Yo venía dibujando durante el viaje, hacía bocetos para nuevas obras y, bueno, para entretenerme. El vecino se interesó. Hablamos de arte y muchos otros asuntos. Me contó que coleccionaba pinturas, dibujos y esculturas, y me preguntó qué iba yo a hacer con esos bocetos que estaba trabajando. Preocupado por mi llegada, yo no tenía mente para pensar en ello, así que se los obsequié. Él se sintió muy halagado y me dio su tarjeta de presentación; también me dijo que si me

podía ayudar en algo lo buscara. Asimismo, me contó que tenía obras de Marc Chagall y otros artistas muy afamados. Yo pensé para mis adentros que serían litografías, pues las obras originales de semejantes nombres cuestan una fortuna. Nos despedimos amablemente. No sabía qué tan pronto necesitaría su ayuda.

Lo llamé para explicarle mi problema. Él entendió la situación y me dio hospedaje en las bodegas de su compañía. Representaba a una empresa de máquinas tejedoras japonesas, estambres de lana y acrílico. Una vez ahí, me improvisé una gran cama encima de los paquetes de estambre, que eran muy grandes y cómodos. Las bodegas eran muy amplias. El edificio, inmenso, estaba en el centro-sur del corazón de Chicago; recuerdo que de noche era lúgubre, apenas había unas lámparas que penosamente alumbraban los amplios corredores. Las bodegas tenían sólo un amplio baño en cada piso, y por las noches bajaban la calefacción del edificio entero. Me sentía dentro de un cuento de Lovecraft en un moderno castillo medieval. Ahí me facilité un estudio para pintar y con ese hombre que tanto me ayudó se fue tejiendo una gran amistad.

Poco a poco comencé a sentirme a mis anchas en Chicago; visitaba los museos, los restaurantes, los enormes edificios. Subía hasta los pisos más altos para dibujar desde ahí la hermosa ciudad.

No sé cuánto tiempo después, el amigo ausente regresó a Chicago y pude partir de ese lugar que, según las reglas del edificio, no era espacio habitacional. Me mudé al departamento de mi amigo cerca de la 26, en La Villita, barrio mexicano lejos del centro.

El departamento era amplio y frío. Para todo el lugar sólo había un calefactor central, y mi amigo y su hijo dormían muy cerca de él. En mi recámara yo me cubría con una gran cantidad de cobijas para hacer frente al invierno. Todos los días, caminando bajo ese frío, iba a mi estudio, a ese laberinto de pacas de estambre que me habían prestado.

Llegó la primavera. Visité al doctor Victor Sorell y a Bob Weitz para afinar los últimos detalles de la exposición que se llevaría a cabo unos meses después. En esos días visitaba la galería frecuentemente, y así conocí a un grupo de estudiantes mexicanos que habían creado una organización para la cultura latinoamericana. Ellos me comisionaron un mural para su centro de actividades. Fue mi primera oportunidad de hacer uno en esta ciudad.

Eventualmente me incorporé al mosaico cultural de Chicago. En el barrio mexicano de Pilsen ya existía un grupo de muralistas que trabajaba en fachadas de edificios, callejones y viaductos. Para ellos, todo espacio público era una posibilidad. Esto me hizo pensar que aquí era un terreno fértil donde podría desarrollarme en el muralismo.

Yo venía de la ciudad de los grandes murales y, además, en México ya había creado uno para Hacienda Zenón, un hermoso restaurante. Crecí viendo murales, mi maestro de primaria también era pintor y nos llevaba a ver las grandes piezas de la ciudad. Así nació mi admiración por estas obras monumentales. Cuando se presentó esa primera oportunidad en Chicago supe que se tendía un nuevo camino en mi vida.

Habían pasado algunos meses y mi mural en la universidad tomaba un nuevo curso. La oficina de la organización, donde iba a hacer la pieza, se usaría para otro propósito, así que tuvimos que buscar un nuevo espacio.

En mi ambición de hacer un gran mural, encontré una pared cuatro veces más grande que la anterior; se salía del presupuesto establecido, pero a mí no me importaron los sacrificios que se avecinaban. Chicago State University está muy al sur de la ciudad, en el corazón de un barrio afroamericano. Ahí inició este nuevo proyecto.

Los estudiantes no podían conseguir más dinero, así que la cafetería de la escuela cubrió mis transportes y comidas, mientras que aquellos jóvenes me acomodaron en la casa de uno de ellos. Ahí pasaba cuatro días a la semana y después regresaba a mi lugar para continuar con el trabajo.

Cuando tenía seis o siete años, descubrí en la casa de mi abuelo algunos libros, entre ellos *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, la edición ilustrada con grabados de Gustave Doré. Esas ilustraciones tuvieron un fuerte impacto en mi vida. Desde entonces quise dibujar como él y posteriormente, cuando estudié literatura, revisité esa historia que había leído en mi niñez.

Fue precisamente en Chicago donde, tiempo después, hice una serie de dibujos y óleos de gran formato inspirados en los pasajes de aquella obra impresionante. Al entrar en este mundo maravilloso encontré tanto material que pude haber hecho 100 o más dibujos. Solamente trabajé en unos 20, pero tuve la oportunidad de retomar en pluma tinta y acuarela aquellas imágenes que me habían impresionado tanto en mi infancia. Todo este trabajo sobre el Quijote se presentó en la Galería Dittmar de la Universidad de Northwestern en Illinois.

Mi relación con Cervantes y Doré se ha mantenido presente, sigo dibujando con pluma y tinta, y mi vida, como se podrá ver, ha sido quijotesca. En algún momento tuve la oportunidad de conocer a Alberto Bonilla, quien —como el señor Quijano— era un ser alto y delgado. Con este amigo entrañable nos lanzamos a conquistar el mundo del arte sin mula ni caballo: viajamos en una *maxi van* Plymouth Voyager, donde llevábamos material para pintar y un gran futón. En este vehículo pude llegar a sitios remotos, universidades donde me invitaban a exhibir mis obras. Cuando él manejaba, yo podía dibujar. Y cuando yo manejaba, él descansaba. Así viajamos por más de una década. Alberto era mestizo, de sangre yaquí, y poseía la nobleza de un Nezahualcóyotl: era de una cultura extensa. Nació en Tornillo, Texas, y se educó en este país, había leído mucho y su manejo del inglés era perfecto. Era un elocuente narrador: contaba cuentos extraordinarios y, aunque nunca la terminó, comenzó una novela. Él se encargaba de hacer arreglos para llevar las exposiciones a otros lugares.

Alberto también era un excelente actor. Junto con nuestro gran amigo Gabriel, pusimos en escena la obra *Final de partida* de Samuel Beckett, pues estábamos inconformes por no poder ver teatro en español en este país.

Gabriel tuvo a bien gastar en la producción de esta obra teatral un dinero que había ahorrado para la compra de un edificio. Invitamos a José Férrez Kuri, un afamado director teatral de México, que terminaba la puesta en escena de *La ópera de los tres centavos* de Bertolt Brecht y tenía interés en otras fronteras. Aceptó nuestra invitación y tomó cartas en el asunto: él se encargó de la traducción al español.

Al enterarse de que no era fácil encontrar actores hispanohablantes, José entrenó a Alberto Bonilla, Gabriel Sánchez, Marta Ayala y a alguien más cuyo nombre he olvidado. Mi madre Dolores se encargó del vestuario y el maquillaje, mi hermano Óscar y yo hicimos la escenografía, yo hice el cartel y el programa de mano. Alberto y Gabriel destacaron como tremendos actores. Presentamos el montaje en el teatro de la Universidad de Illinois y, tiempo después, en la universidad estatal. Era una obra devastadora, la gente que asistió a las funciones lloraba.

Estos inicios llevaron a que, después, yo hiciera otro trabajo escenográfico para el Victory Gardens Theater en esta ciudad. Ahora me sentía más cerca de lo que yo hacía. El trabajo era para una obra inédita que se escribió en un taller teatral y se desarrollaba en un bar, afuera, en uno de los barrios hispanos. En la representación había un callejón con un gran mural, que yo pinté, y un carpintero me ayudó a construir el bar. Este montaje tuvo un mejor recibimiento, pues tenía que ver con el momento histórico que vivíamos aquí. Además, había un presupuesto mucho más grande: teníamos una beca para desarrollar teatro hispano en Chicago. Con este proyecto me despedí del teatro, ya no hice más escenografías.

Con ayuda de mi amigo Alberto surgieron más oportunidades. Fui invitado a participar en una importante exposición en el Museo de Arte Contemporáneo y también hice el cartel promocional de una de las más grandes muestras de arte latinoamericano que incluía obras de artistas de todos los estados. Esto ocurrió antes de que existiera en Chicago el Museo Nacional de Arte Mexicano.

Comencé a sumergirme en el mundo cultural de este país de manera casi invisible. Esta invisibilidad adelgaza mis raíces. Al hablar de “cultura

invisible” me refiero a que no somos reconocidos en este país ni en el nuestro. Como Anteo, al no tener los pies en mi tierra natal, fui perdiendo la fuerza. Yo era la verde hoja que se desprende del árbol de la vida y flota perdida en busca de una nueva tierra donde arraigarse.

La ciudad de Chicago ha dado espacio a grandes inmigraciones. Del centro de México han llegado pueblos enteros y muchos de los artistas activos en esta ciudad buscamos promover la cultura de nuestros estados de procedencia. Se han formado numerosas casas de cultura. Artistas de Michoacán, Jalisco, Durango, San Luis Potosí y tantos otros lugares hemos creado un nuevo estado en Illinois.

Aun así, no hemos conseguido una gran visibilidad. Nuestro barrio Pilsen, en principio poblado por inmigrantes checoslovacos, paulatinamente se transformó en un barrio mexicano. Ahora tenemos el Museo Nacional de Arte Mexicano, el mejor de todo el país. Llegamos a Estados Unidos y parece que hemos traído nuestra tierra. En Chicago hemos creado un pueblo mexicano y los que estamos aquí somos embajadores de nuestro espíritu de lucha. Ahora veo con tristeza que, en la Ciudad de México, nuestra cultura se erosiona, quiere incorporarse a lo que dictan las grandes urbes del mundo. Los que emigramos atesoramos esos recuerdos de lo que fuimos y aquí estamos, persistiendo en el intento de cambiar el mundo.



Nombres, libros, tiempo, (des)arraigo

Olivia Maciel

*Tocamos fondo... Somos eternos
Trascendemos palabras y pensamientos
Nos vamos tornando
escarcha, negrura, garigola.*

OLIVIA MACIEL

Mi nombre

Las palabras tienen peso y sustancia; a veces sabor y color. Mi nombre es Olivia. Proviene del latín y significa ‘protector de la paz’. El vocablo se asocia a los aspectos simbólicos del olivo: inmortalidad, fertilidad, prosperidad. Los olivos suelen durar hasta 2,000 años. El aceite de oliva también tiene significados religiosos. Mamá buscaba un nombre con el cual honrar a sus ancestros, migrantes del Alto Adigio de Italia en México.

Aunque considero Fabrizia, papá y ella decidieron que los significados de Olivia, así como su sonido, los atraían más. Cuando ellos me nombraron vivíamos cerca de la universidad donde papá estudiaba Medicina. En una fotografía junto a mis padres, sentados los tres sobre los prados del campus, me veo como una bebé contenta. El año en que nací hubo un temblor y el Ángel de la Independencia, en la avenida Reforma, se tambaleó y cayó. En los años cincuenta la Ciudad de México abrigó a muchos migrantes europeos. Eran en su mayoría intelectuales y artistas que buscaban refugio de los conflictos de la Segunda Guerra Mundial.

Mis orígenes, como los de tantos otros, son complicados. Por el lado materno soy nieta, bisnieta y tataranieta de italianos que vinieron a México desde el área de Trento que colinda con Austria; mi abuela italiana tenía un

nombre italo-judío. Por el paterno, mis orígenes se remontan a los primeros portugueses que llegaron a México en los 1500 y tantos, algunos de ellos sefardíes establecidos en Cotija, Michoacán, y también españoles. Todos mis ancestros se asentaron en el sur del país, en el estado de Veracruz, y una abuela mía, aunque de apellidos españoles, provenía de Chiapas.

Muy joven, casi una adolescente, me enamoré de un hombre norteamericano y nos casamos. Por amor emigré de la Ciudad de México a los Estados Unidos. Cuando llegué a Boston, a mediados de los setenta, nada sufriría tantas transformaciones como mis apellidos. Mi primer nombre siempre ha sido para mí un tipo de ancla, ya que mis apellidos de soltera cambiaron cuando me casé. En México era costumbre que una recién casada agregara la preposición “de” luego de su primer apellido, como dando a entender que ahora era la “señora de tal y tal” o, en otras palabras, una posesión de su marido. Pero al llegar a los Estados Unidos noté que ese “de” causaba confusión y decidí eliminarlo; mantuve mi primer apellido seguido del de mi marido, dejando a un lado el materno. Fue difícil, como si una parte de mi cuerpo se hubiera perdido para siempre. Pasé la mayor parte de mi infancia al lado de mi madre, una mujer a la que quiero y admiro por su lucha contra la adversidad, por su carácter alegre, por su disposición a ayudar a los demás. Me pregunto por qué se mantiene el apellido paterno y no el materno.

Por años calaba en mi memoria, como un gran evento de mi adolescencia, el viaje de celebración a Puerto Vallarta que hice cuando cumplí 15 años. Ese suceso fue superado por otro más impactante: mi mudanza al vecino país del norte. Mi marido, un joven ingeniero, y yo nos fuimos a vivir a Boston debido a su trabajo. En mi familia ya había una tradición de emigrar. Mamá todavía hablaba de la polenta que mi abuelo Antonio comía antes de salir a caballo todas las mañanas para ir a vender ganado o hacerse cargo de otros menesteres cuando ella era niña. Podía decir *aqua* en lugar de *agua*, o referirse a una abuela con la palabra italiana *nonna*.

Ahora me tocaba migrar a mí, cosa que nunca deseé en sí. Siempre pensé en México como un país de oportunidades donde me desempeñaría en alguna profesión. Me llamaban mucho la atención la astronomía, la medicina

y, por supuesto, siempre amé las palabras. La idea de mudarme a otro país, ese enorme cambio, se desarrolló en el curso de más o menos un año.

Los libros

El día que tomé el avión de la Ciudad de México a Boston sentí mucha tristeza, a la vez que una gran expectativa. En mi maleta llevaba un libro importantísimo para mí: las *Obras completas* de Sor Juana Inés de la Cruz, editadas por Porrúa. Esa poesía me transmitía valor: “Hombres necios que acusáis / a la mujer sin razón / sin ver que sois la ocasión / de lo mismo que culpáis [...]”. Pronto, ese libro quedaría muy cercano con otro de gran efecto en mí durante aquellos años: *Our Bodies Ourselves*, un volumen que toda mujer que se considerara bien informada sobre aspectos feministas no podía dejar de leer.

Hoy me doy cuenta de que migré a los Estados Unidos con mi propia formación histórica, la de mi país y la del resto del mundo, asimilada a través de mis clases de Historia en el Instituto Anglo Español, y de que me encontré con otros tipos de sentires y perspectivas al llegar a los Estados Unidos. Por ejemplo: recuerdo cómo, en una fiesta de estudiantes en mi departamento junto al campus de Tufts, una joven feminista me aconsejó que aprendiera a utilizar un *speculum* para examinar mis genitales. Decía que así tendría yo mayor control sobre mi cuerpo y mis derechos reproductivos.

Mi amor por las palabras surgió desde pequeña, mi curiosidad por su significado sólo se acrecentó cuando me di cuenta de que nombrar, escribir, significa adentrarse en nuevos universos. Nombrar significa ir construyendo la realidad, el mundo que deseamos. Las palabras son surtidoras de la imaginación, siempre generosas para nutrir la sed de mentes inquisitivas. Comencé a mantener diccionarios de palabras cuyos significados desconocía y que luego encontraba al preguntar o al leer. Recuerdo que un día, caminando de la mano con mamá rumbo al Mercado Abelardo L. Rodríguez, pasamos junto al quiosco de periódicos. Leí dos palabras desconocidas: “PRI” y

“poquianchis”. Cuando le pregunté a mamá por sus significados, me respondió: “Cuando seas más grande te lo explicaré”. En esos años mamá me compró dos libros que dieron una nueva perspectiva a mi concepción de las cosas: el *Diario de Ana Frank* y *Mujercitas* de Louisa May Alcott.

Como el presupuesto de casa era limitado, leí y releí esos libros que generaron una gran transformación en mí. Me hartaba de manzanas con tal de no perder tiempo, ni siquiera para comer, y continuar leyendo. Leía hasta que me dolía la cabeza, bajo el solazo que se colaba por la ventana de nuestro departamento en el centro histórico de la Ciudad de México, en la esquina de Venezuela con Argentina (antigua calle de Relojeros), casi enfrente de la Secretaría de Educación Pública. Esto me parece muy significativo, ya que mamá fue maestra de primaria durante 30 años y platicaba anécdotas sobre la docencia, el sindicato de maestros y sus experiencias con colegas y alumnos.

Mi encuentro con el mundo de las palabras se acentuó y cambió cuando vine a los Estados Unidos. Durante mis primeros años en la universidad escribía mis ensayos en español, primero, y luego los traducía al inglés. Años más tarde, cuando tuve a mis dos hijas, insistí en que aprendieran español, pero no sé qué tan exitosa fui. Ellas también se interesaron en aprender otros idiomas, como el italiano.

Leer en inglés ha sido otra fuente de transformación personal. No sólo ha sido cuestión de entender el idioma; también de reflexionar y tomar posturas ante nuevas perspectivas culturales, políticas e históricas. Mi vida académica en el campo de la enseñanza superior y mi doctorado en Lenguas Romances siempre me han mantenido vinculada a la contienda y al encuentro con nuevas perspectivas e ideas que me han transformado. He leído a Whitman, Hemingway, Yates, Levertov, Emerson y varios otros distinguidos autores de esta hermosa lengua.

El tiempo

Ya en Boston, y más adelante en Chicago, me di cuenta de que la forma como se percibe el paso del tiempo es a veces diferente de como se capta en México. Comencé a notarlo durante mi lucha diaria por mantenerme inmersa en el español a pesar de vivir rodeada del idioma inglés. Comprometida con la actividad literaria, pasaba largas horas escribiendo diarios, poesía, ensayos y relatos en cafés. Antes era posible pasarse toda una tarde escribiendo sin tener que salir corriendo cada hora o dos a ponerle dinero al parquímetro. Mientras escribo esto, bebo un capuchino en una taza muy coqueta de color naranja. En las mesas de junto, hombres y mujeres teclean en sus *laptops*. Cada media hora, más o menos, checan sus redes sociales. Aquí hay buena atmósfera. Una música sesentera-retro emana de unas bocinas de última tecnología, mientras que, del techo, unas esferas colgantes cubiertas de múltiples azulejos-espejitos giran a su ritmo, reflejando sus destellos sobre el entorno y esta página. Todo esto anima mi espíritu ascético y rebelde. Este café sobre la avenida Chicago se llama Dark Matter y sus confec-ciones son deliciosas: *latte* con leche de almendra, de avena, o especiado con cúrcuma y jengibre. Pero, de repente, ¡se vence el tiempo en el parquímetro! Por eso, cuando me doy tiempo para relajarme y salgo a un café a escribir, me enfoco en hacer lo necesario de un modo más rápido. No poseo, como antes, la posibilidad de divagar y perderme en el mundo de las ideas y las palabras.

Las palabras no sólo tienen peso, sabor y color; también están hechas de tiempo, son respiración, son los latidos mismos del corazón. Al llegar a los Estados Unidos extrañé la variedad de frutas y verduras que se encuentran en los mercados de México: mameyes, guayabas, zapotes, piñas, mangos, chile de árbol, chile morita, chile cascabel, mole y tantas otras delicias. Pero hoy, en los barrios de Chicago, ya se encuentran mercaditos latinoamericanos... ¡Hay más de un millón de hispanohablantes en esta gran ciudad! Así que ahora es fácil comprar la despensa con productos mexicanos.

Para hacer buen uso del tiempo en los Estados Unidos es necesario saber cómo manejar una chequera, saber conducir un automóvil,

saber utilizar el internet y el mundo digital, y prepararte en algún oficio o profesión y perseverar. Quizá estos mismos conocimientos sean necesarios en cualquier sociedad, pero éste es un país en el que se valora mucho el trabajo del individuo, aun si se precia el bien común. En México, en cambio, la idea de *tequio* —una palabra náhuatl de Oaxaca que significa ‘trabajo en equipo’— es muy importante y trasciende pueblos. He notado que el tiempo, las palabras, los valores, su percepción y su manera de abordarlos tienen mucho que ver con las expectativas de vivir como un ser en constante desmoronamiento y reconstrucción identitaria. Todos los días cambio y cada segundo me reconstruyo, voy siendo otra.

Durante los años noventa, ya viviendo en Chicago, me desempeñé como profesora de español y literatura hispanoamericana. Como ensayista, poeta y narradora, en algún momento debí decidir en qué idioma escribiría. En un instante fugaz que fue algo así como una epifanía, después de conversaciones con algunos amigos escritores que también lidiaban con tal disyuntiva, decidí que toda mi obra creativa sería en español. Recuerdo el día: era verano, hacía sol y mucho calor cuando una brisa con olor a prados y flores se coló por el tamiz de la ventana y sentí un misterioso arrobamiento.

Amo la riqueza de vocabulario del idioma español, su colorido, su carga cultural. Esa contienda interior con el lenguaje, esa fuerza de gravedad con que te absorben las palabras en cualquier idioma, ha de ser moldeada y refinada de manera que un texto mantenga cohesión, fluidez y goce. Hoy existe un efervescente movimiento de escritura literaria en los Estados Unidos totalmente escrita en español. Esta literatura ya se estudia en algunas universidades, y las editoriales que la publican comienzan a recibir más atención, como es el caso de *Ars Communis* en Chicago. Algunas editoriales publican ediciones bilingües, como The University of Chicago Press, Northwestern University Press y Swan Isle Press, entre otras. De hecho, mi primer libro de poesía *Más salado que dulce*, de principios de los noventa, fue el primero escrito en español en Chicago. Se publicó en edición bilingüe con mis propias traducciones y ahora se exhibe como un artefacto literario de tipo histórico en la biblioteca de la Poetry Foundation.

Porque intento mantener mi idioma, vinculo palabras a valores. Reflexiono sobre mi impresión al llegar a este país y cómo lo veo ahora. Me doy cuenta de un creciente y vasto deterioro social, un gran aumento en la violencia, las epidemias de drogadicción, la cosificación del cuerpo, el énfasis en el ser “joven”, el olvido de los mayores, el realce del dinero como prueba de “éxito”, la falta de una comunicación más profunda (oscurecida por un frenético uso de las redes sociales), la falta de conocimiento sobre valores que nos dignifican y hacen más humanos. Aun así, hay grandes avances científicos en los Estados Unidos y un magnífico impulso a la creatividad individual, como inculcó Ralph Waldo Emerson, entre otros pensadores norteamericanos. Hay más conciencia sobre los efectos del calentamiento global, aunque falte mucho por hacer con respecto al bienestar del planeta.

Una de las transformaciones por las que he pasado durante estos años de arraigo a mi país adoptivo es la resistencia a que ciertas líneas de pensamiento cultural, político o mediático me definan a mí como persona, a mi discurso o a lo que busco expresar a través de mi escritura. Ese trabajo intelectual me corresponde hacerlo a mí, y he de mantener la mirada crítica, atenta a mis propios pensamientos y sentires, en diálogo con el entorno. Es a través del lente de las palabras como mantengo mis diálogos internos, como creo las líneas del poema, como me animo. También me entusiasman el gran lago Michigan, con sus tonos turquesa o gris metálico siempre cambiantes, y los barrios étnicos de Chicago. Además, he de mencionar a las mariposas monarca. ¡Cómo inspiran en los veranos, sabiendo que hacen su travesía desde México hacia el norte todos los años!

Libros y fotografías

En México mis objetos preferidos eran los libros. Aquí en los Estados Unidos los valoro todavía más. Nunca he sido tan amante de las fotografías familiares o “de sociedad”. En primer lugar, era muy raro tomarnos fotos durante mi infancia. Nunca poseímos una cámara, siempre alguien tomaba la foto y nos

la regalaba o la comprábamos. Las “fotos de sociedad” en los periódicos me parecían de lo más aburrido. Me daba la impresión de que había mucha hipocresía detrás de esas sonrisas forzadas. De pequeña me prometí que no me convertiría en dama de sociedad, así que opté por la lectura y la curiosidad; preguntar era uno de los pilares que me sostenían. En la adolescencia conseguí mi primer libro de poesía en la librería Mizrahi que se encontraba a un costado del Palacio de Bellas Artes. Era un libro de Octavio Paz. Ese pequeño volumen y un *Romancero gitano* me engancharon para siempre a la escritura como algo que formaría parte esencial de mi vida.

Hoy, ante mi escritorio, continúo esta reflexión. Tengo en mi estudio libros de teoría literaria, filosofía, poesía y otros. He buscado entre los álbumes de fotografías familiares algunas que me ayuden a entender cómo ha sido mi devenir, quién soy, hacia dónde me encaminan mis pasos, por qué. Están las fotos de papá y mamá muy enamorados. Tengo otra de mi abuelito Antonio pegada en la pared. Parece un villista, lleva botas hasta la rodilla, carrillera en la cintura y una pistola. Se nota muy guapo y varonil, ensombreado con una camisa de manta blanca y manga larga que deja al descubierto el vello de su pecho. Está sentado sobre un banco de madera y tras de sí se ve una de esas paredes pintadas a doble tono, con la superficie descarapelada.

Arraigo y (des)arraigo

Hoy es un día frío de invierno y ha nevado desde que me levanté. Estamos bajo alerta hasta las 3:00 a. m. Cuando llegué a este país me imponía el invierno, la desnudez de los árboles, la ausencia de los pájaros, la dificultad para transportarse cuando los caminos se cubren de hielo y nieve, lo peligroso de ciertas temperaturas. Pero algo del invierno que acojo con los brazos abiertos es la llegada del silencio cuando todo lo cubre la suavidad de la nieve. Me recuerda el día que, en Boston, recién llegada de México, vi nevar por primera vez; fue tal mi sorpresa que recogí la nieve entre mis manos y

me la llevé a la boca para probar si tenía sabor. Las briznas heladas sobre las mejillas eran pequeños alfileres que sin herir producían un cosquilleo, una exaltación sobre la piel.

Los libros, las briznas de nieve, las palabras con su peso y sustancia, el lago Michigan, las personas con las que me he relacionado en Chicago y se han vuelto parte de mí —amigos de varios países, religiones y culturas— son un todo que me sostiene en este país, a pesar del latente sentimiento de (des)arraigo. Los objetos van y vienen, los recuerdos de los sucesos que conforman mi vida e identidad se desmoronan y hay que volver a construir, agregando nuevas memorias, como si mi ser interno fuera un glaciar que se derrite y se vuelve a congelar, se derrite y se congela, en un ciclo perenne.

Me encuentro en medio de una migración existencial, de un exilio y una búsqueda de Ítaca constantes. Mi alma y mi corazón exploran nuevas tierras prometidas, nuevas moradas. Aun sin migrar geográficamente, creo que todo ser humano en su devenir migra, se exilia, retorna, en constante evolución.

Mi nombre, Olivia, es un ancla. Mientras los apellidos y otras enigmáticas palabras vienen y van, mi nombre acoge mis pensamientos. En esta etapa de mi vida, cuando alcanzo la madurez, aún mantengo la curiosidad infantil que me llevó a elaborar mi primer diccionario. Es a través de las palabras que dirijo —en lo posible— mi destino, que ejerzo mi libertad. Es a través de las palabras que me valoro, que interactúo con los demás para ir construyendo la realidad. Tengo fe en la escritura. Mi nombre me invita a mantener viva la llama de amor por las palabras.

México más allá de sus fronteras

Carlos Arango

*Yo pisaré las calles nuevamente
de lo que fue Santiago ensangrentada
y en una hermosa plaza liberada
me detendré a llorar por los ausentes.*

PABLO MILANÉS

Al caminar por el Paseo de la Reforma frente al Ángel de la Independencia, descubro que las novias y quinceañeras llegan ahí a celebrar sus matrimonios o su aparición en sociedad. Llevan distintos colores radiantes: violeta, rosa, azul; algunos novios y chambelanes portan *smokings* negros, azules y blancos. Después de tantos años de vivir en Estados Unidos, eso es lo que más me llama la atención en una de mis visitas a México. La vida transcurre con más rapidez en la avenida Michigan de Chicago. En la fuente que sólo se prende en verano se repiten escenas similares: novios y quinceañeras retratándose en la fuente. Es como si las costumbres fueran las mismas: la avenida Michigan es como un espejo del Ángel de la Independencia.

En otras décadas yo caminaba por el Paseo de la Reforma con Ana María, cuando vivía en la Ciudad de México, y recuerdo que había un ambiente de seguridad. Ella era una chica de piel canela, con ojos verdes, que pertenecía a la clase media mexicana apenas en ascenso; aún recuerdo nuestros paseos bajo las estrellas. La de entonces era una ciudad que, hoy, siento que perdimos. Con el Tratado de Libre Comercio, 11 millones de mexicanos y mexicanas vinieron al otro lado. Aunque según el *Popol Vuh* somos los seres de maíz, tristemente perdimos nuestra posibilidad de tener una autosuficiencia alimentaria.

Al ingresar a la Preparatoria 7 de la UNAM perdí contacto con Ana María. Pasaron los años y las caminatas fueron con otras personas: por la Plaza de la Constitución, frente a la Catedral Metropolitana, por Palacio Nacional. El edificio del Ayuntamiento de la Ciudad de México alguna vez albergó a una especie de virrey con el título de regente de la Ciudad de México; lo nombraba el presidente de la República, quien era una suerte de dictador. Es impresionante caminar donde quedó enterrada la cultura de nuestros ancestros, e impresionante cómo los conquistadores montaron en nuestra ciudad un palacio de gobierno y una catedral, símbolo de abusos y sometimiento a una religión y unas costumbres que no eran las nuestras.

Encuentro muy atinada la descripción de Vargas Llosa al calificar a México como "la dictadura perfecta". Pienso ahora en los trágicos sucesos de 1968, la masacre que se planeó justamente en esos edificios majestuosos que yo veía durante mis caminatas y en la oscuridad del edificio de Bucareli, la oficina de Gobernación, tenebroso lugar con personajes que representan el México bárbaro. El poder, la conspiración, el crimen y la tortura fueron lo que experimentamos como generación en la Plaza de Tlatelolco. Precisamente ahí, en el origen del águila caída, fue asesinado Cuauhtémoc, el último tlatoani, víctima de la brutal agresión y los crímenes que cometieron los españoles. La masacre de Tlatelolco se repite en 1521 y en 1968.

La persecución gubernamental que inició el movimiento estudiantil fue justamente la razón por la que yo me convertí en refugiado político en 1973. Creo que ninguna generación de jóvenes en México ha sido tan golpeada como la nuestra.

No había opción: estábamos entre la muerte y la fuga

Estas circunstancias me trajeron a Chicago, lugar donde el hielo y los vientos congelan la ciudad. Y aquí, finalmente, encontré la emoción de estar en un barrio único: la calle 18, una comunidad de clase trabajadora. El lugar tenía una cantina por cuadra, escuelas a medio caer, una biblioteca con goteras

en la calle Blue Island. Ahí vivían pandillas rivales que se disputaban las calles, jóvenes de ascendencia mexicana nacidos en Chicago y recién llegados que también se organizaban para defender su territorio.

El barrio era controlado por políticos mafiosos que no ponían atención a las comunidades como las de la 18. Un día, lo recuerdo bien, los residentes decidieron tirar la basura en la calle Ashland como un acto de desobediencia civil. Los que se involucraron se convirtieron después en líderes de la comunidad. Me refiero a Juan Velázquez, Raquel Guerrero, Inez Loredo y Juan Morales; todos ellos ya se nos adelantaron, pero los reconozco como pioneros de una revolución en la calle 18. Al barrio se le conoce como Pilsen, y las batallas ahí fueron difíciles porque la migra entraba a las comunidades a perseguir indocumentados, hacía redadas cuando la gente salía del cine Villa para llevarlos a procesarlos y deportarlos.

En ese entonces había muchas personas viviendo en un solo departamento dentro de edificios lúgubres. Era difícil explicar qué hacían los mexicanos en estas temperaturas congelantes; en el invierno de aquí, al salir sientes que se te congelan las orejas, la nariz y los pies. Pero, me digo a mí mismo, es la necesidad de ganar algunos dólares lo que ha traído a tantos mexicanos aquí. Los dólares son como los espejitos con los que los españoles engañaron a los pueblos originarios de México.

México se refleja en Chicago. Pienso en 1994, cuando aquí, en Estados Unidos, marchamos en solidaridad con el Movimiento Zapatista de Liberación Nacional que conmovió a la nación mexicana ese 1º de enero. Con el paso de los años hubo otras protestas, como aquellas contra la migra, y siempre iban encabezadas por la bandera mexicana. Muchas banderas verde, blanco y rojo ondeaban en las protestas masivas contra la proposición 187 de California, que prohibía servicios públicos a los inmigrantes indocumentados. Lo sabíamos bien: en el fondo, ésa era una propuesta antiinmigración y antimexicana que los votantes californianos habían aprobado.

El primer lugar al que llegué en la calle 18 fue la Casa Hermandad de Trabajadores. Me dieron la bienvenida Felipe Aguirre, que coordinaba el lugar y era un organizador incansable, y Lupita Lozano. Lupita era esposa

de Rudy Lozano, un luchador por los derechos de los inmigrantes, organizador sindical y candidato a concejal del distrito 22, que abarca South Lawndale, La Villita y North Lawndale, con población afroamericana. Rudy perdió la elección por 17 votos contra Stemberk, uno de los políticos de la maquinaria del alcalde Daley, quien luego gobernaría la ciudad durante 22 años. Rudy fue asesinado en su casa el 8 de junio de 1983.

Conocí a Cani vendiendo periódicos, ella el *Desafío* y yo el *Sin Fronteras*. Estábamos frente al supermercado La Casa del Pueblo, justo en Pilsen, corazón de la comunidad mexicana. Cani nació en Saltillo, Coahuila, y de niña había migrado a Chicago. Nos casamos en octubre de 1983.

En Pilsen hay murales pintados por Marcos Raya. Aurelio Díaz y Ray Patlán están plasmados en las paredes de ese barrio y en Casa Aztlán, la meca del arte y la cultura de nuestra comunidad. Fui director de ese centro cultural, educativo y de asistencia social desde 1994 hasta que cerró sus puertas en 2015. Mientras tanto, Cani se involucró en la lucha para defender a los inmigrantes, era maestra bilingüe en la Universidad de Illinois, promovió la naturalización en la Organización Naleo y el registro de votantes latinos para conseguir representación política de la comunidad mexicana y latina en Chicago. Posteriormente fue consejera del Westside Technical Institute y también trabajó en la oficina de asistencia legal para inmigrantes que se formó por iniciativa de la Casa Hermandad de Trabajadores y del abogado Kalman Resnick.

En el año 2000 visité México y mi caminata por el Paseo de la Reforma fue distinta. Iba con mis hijos Natalia y Carlos, quienes se quedaron en México cuando yo me refugié en Chicago, y con Cani. Caminábamos hacia el Ángel de la Independencia, y yo no podía dejar de pensar que ése era el lugar donde Vicente Fox haría su mitin de victoria. Luego nos dirigimos al Zócalo, donde el ingeniero Cárdenas aceptaría que no había alcanzado los votos suficientes para ganar las elecciones. Ahí mismo daría su

discurso de victoria López Obrador, elegido jefe de gobierno de la otrora capital azteca.

Cani y yo viajamos muchísimo, como pareja o como militantes. En ese mismo año 2000 fuimos a Zacatecas como delegados a un congreso del PRD. También disfrutamos de vacaciones juntos y viajamos por San Francisco, Los Ángeles, Saltillo, Monterrey, Michoacán, Ciudad de México. Cuántas veces paseamos por el centro histórico de la capital y recorrimos Reforma, desde el Auditorio Nacional hasta el Ángel de la Independencia. Ella falleció en 2009, un domingo de pascua, rodeada de mucho amor.

Hay un México en Chicago. En el barrio de Pilsen —por ejemplo— se creó la Secundaria Benito Juárez, y en la llamada Plaza Tenochtitlan se erigió la escultura de un águila, aunque los concejales han dejado que ese lugar de encuentro se deteriore. En la calle 26 hay un arco para dar la bienvenida a un área comercial que busca crear el mismo nivel económico que la avenida Michigan. En Chicago contamos con el Museo Nacional de Arte Mexicano, con un campus de la Universidad Nacional Autónoma de México, y en la famosa avenida Michigan hay una plaza en honor a Benito Juárez.

La cultura mexicana ha cruzado fronteras con la presencia de hombres y mujeres que emprenden camino con el arte, la gastronomía y la historia de México; que mantienen viva la experiencia de nuestros orígenes y de nuestro idioma. México ha traspasado sus fronteras, los migrantes han regresado a Aztlán.



El corrido de Juan Sin Tierra

Juan Días

*Escuchen bien esta historia
que aquí les voy a contar.
Juan Días se fue al otro lado
sin saber lo que iba a encontrar,
y el mismo Juan que se fue
ya no volvió a regresar.*

“Cuando calienta el sol”

En agosto de 1982 la temperatura en Indianápolis, capital del estado de Indiana en Estados Unidos, llegó a los 33° C. A mí me chorreaba el sudor por debajo de la camiseta como si acabara de aterrizar en Acapulco. Era un calor húmedo y pegajoso a pesar de la latitud, diferente a la del altiplano semidesértico y subtropical potosino de 22° C que acabábamos de dejar atrás. Yo suponía que el norte sería siempre más frío. No me lo esperaba. Fue la primera de muchas sorpresas con las que me encontraría después de llegar a este país.

Mi madre Rosa María —de 41 años—, mi hermano Gonzalo —de 15— y yo —de 17— llegamos ese verano en avión, provenientes de San Luis Potosí. Viajamos desde esa tierra de tunas, nopales y mezquites, de iglesias y calles empedradas de cantera rosa, para encontrarnos con mi padre, Federico —de 46 años—, que ya estaba acá. Arribamos a un estado “rojo” —como llaman aquí a un lugar políticamente conservador—, un territorio fértil, agricultor, sin montañas, con un horizonte infinito y plantíos de maíz y soya en todas direcciones. Llegamos a una ciudad con muy pocos mexicanos, con una famosa autopista de autos de carreras que apenas abría una vez al año. Ese lugar era la sede mundial de una enorme compañía farmacéutica, conocida

por sus productos para el tratamiento de la diabetes y la depresión, que le daba empleo a más de 10,000 personas, entre ellos mi padre. Él había llegado en avanzada, unos meses antes, para comenzar un nuevo empleo como médico investigador en esa gran empresa.

Era un éxodo familiar. El clima económico, político y laboral del México que estábamos dejando atrás estaba al borde de la crisis. En febrero de 1982, siendo presidente José López Portillo, el Banco de México devaluó la moneda nacional: para agosto de ese año, 1 dólar había pasado de valer 12.50 pesos mexicanos —como había permanecido desde 1959— a valer 46. Para 1988, el dólar llegaría a costar 2,298 pesos mexicanos, una devaluación del 99.45 % sin precedente.

La seguridad también había empeorado. Tiempo atrás nos habían robado a nuestro perro. Yo sospechaba de unos vecinos que se habían convertido en los *bullies* de la cuadra. Sin éxito tuvimos que resignarnos y renunciar a la búsqueda. En esa misma época, aún en San Luis Potosí, mi maestro de Ciencias Sociales me robó mi cuaderno porque, según me dijo él mismo, le habían gustado más mis apuntes que los suyos. A mí me pareció injusto: me esmeré mucho en ese cuaderno. Habíamos estudiado a fondo la constitución mexicana de 1917. Exigí que me lo regresara, de plano me lo negó. Se lo reporté al director y tampoco me hizo caso. Me sentí impotente y furioso ante la autoridad. ¿Qué hacer? En mayor escala, lo mismo sucedía en el México de los adultos: robos, corrupción impune y ninguna esperanza de solución.

Salí del país emocionado, con la arrogancia de un adolescente que se sentía invencible y alegre por dejar atrás a un México que a mi parecer era injusto, retrógrada, corrupto e ignorante. Estaba más que listo para dejar ese lugar y, aunque me tuve que despedir de unos cuantos buenos amigos, me fui feliz y convencido de que íbamos a un lugar donde había más oportunidades, más orden y justicia, donde los vecinos podían dejar sus bicicletas en el jardín y nadie se las robaba ¡y tampoco robaban perros! Me parecía que era un lugar donde todos los productos a la venta estaban bien hechos, con la garantía de que no se estropearían, y donde se respetaba la libertad de creencias y de expresión. Al menos eso creía yo.

Los inviernos en Chicago, donde vivo ahora, son conocidos por ser largos y crudos, con feroces vientos polares, acumulaciones de varias pulgadas de nieve y un lago inmenso —del tamaño de un mar— que al congelarse se vuelve una gruesa placa de hielo. Mi familia y mis amigos de México me preguntan, alarmados, “¿cómo soportas ese frío?”. A mí me da risa, pues los inviernos más fríos de mi vida los pasé en San Luis Potosí, en mi niñez.

En San Luis el invierno sólo dura dos o tres semanas, pero allá no tenía- mos ni la ropa, ni los zapatos, ni las gorras, ni la calefacción adecuados para escapar del frío. Recuerdo que en la escuela los niños titiritábamos: nos temblaban las mandíbulas y las rodillas, y por las mañanas podíamos ver el vaho de nuestra respiración en el aire como si fuera humo de cigarro. Y ni modo, nos teníamos que aguantar.

Aquí, en cambio, las viviendas están acondicionadas y la gente aprende a vestirse apropiadamente. Aquí se puede estar muy cómodo dentro de casa, con camiseta y shorts durante todo el invierno, y cuando uno sale nada más hay que saber abrigarse. En realidad, lo más duro para mí, aun después de años de vivir aquí, es la falta de luz natural, pues en invierno el sol no sale hasta después de las 7 a.m. y para las 5 p.m. ya es de noche. ¡Son noches de 14 horas!

En fin, que todo esto fue el comienzo de una gran aventura. Empezó con la sorpresa de un clima inesperado y seguiría con una serie de revelaciones que no han terminado aún, 40 años después. Por una parte, he ido descubriendo que —como dice el dicho— “en todos lados se cuecen habas” y, por otra parte, me he preguntado en repetidas ocasiones de qué forma habrían sido distintas nuestras vidas si nos hubiésemos quedado en México. Eso nunca lo sabremos. Quizás uno emigra para buscar un cambio cuando el cambio que se necesita es interior.

“Te voy a cambiar el nombre”

El primer shock cultural para mi hermano y para mí fue entrar a la prepa en el sistema escolar estadounidense. Entramos a una escuela pública con más de 4,000 estudiantes. Creo que éramos los únicos mexicanos. La fuerza de aculturación, como después aprendí a llamarla, era muy potente. El proceso comenzaba por cambiarnos los nombres. Al *coach* (maestro de deportes) de la escuela le costaba trabajo pronunciar mi nombre, Juan, cuando tomaba lista. Me llamaba Wan, Yuan y hasta Warren. Se lo repetí varias veces, y cuando una vez le expliqué que en realidad mi nombre no era tan difícil, que sólo era una sílaba y que era la versión en español de John, aquél dijo: “¡ah!”, y desde entonces se redujo a llamarme John. Mis esfuerzos por corregirlo fueron vanos. A mi hermano le ocurrió algo similar y pasó a llamarse Gonzo, mi madre Rosemary y mi padre Fred.

Supongo que en San Luis Potosí hacíamos lo mismo, pues en mi escuela nadie se salvaba de recibir un apodo generalmente derivado de algún defecto que nos caracterizaba. Esta práctica nos recordaba que nadie es perfecto y que había que permanecer humilde. Allá podías tener un nombre de gran abolengo, pero entre tus cuates siempre ibas a ser El Pecas aunque llegaras a presidente. La cultura dominante nos vuelve a bautizar y nos reinterpreta. La diferencia es que aquí, era evidente, no éramos la cultura dominante. Sentía que ese maestro me trataba de absorber y me quería bautizar con un nombre que excluía una parte de mí. Me colocó en una posición defensiva, de resistencia.

El aprendizaje del idioma también fue un reto. Me encontré gente que pensaba que, si no los entendía, se debía a que yo era medio sordo o tonto. En una ocasión, en una fiesta donde regalaban pizza y reclutaban jóvenes para repartir volantes de una campaña política, se me acercó un candidato a diputado del gobierno estatal y trató de hablar conmigo; mi inglés todavía no era muy bueno. Noté que me empezó a hablar en voz muy alta y muy cerca de la cara. También noté que no lo hacía con otras personas. Una amiga me explicó que el candidato pensaba que yo era un poco sordo y que si me gritaba quizás lo iba a entender mejor.

Tuve otras experiencias parecidas con otra gente que notaba mi acento y me hablaba lento como si fuera tonto. Me molestaba. Me esforcé en borrar mi acento y creo que, con ayuda de mi oído para la música, lo hice bastante bien. Quería aprender el inglés mejor que ellos para que no me trataran como alguien inferior.

Otro aprendizaje que tuve al poco tiempo de llegar fue tenerle miedo a la policía. En una ocasión, mientras yo conducía el auto familiar a las 10 p.m., a sólo unas cuadas de mi casa, un policía me detuvo sin motivo aparente. Como es costumbre en México, me salí del coche y me dirigí a la patrulla para saber de qué se trataba. Al verme ir hacia él, el policía alarmado se cubrió tras la puerta de su patrulla y a punta de pistola me gritó que regresara a mi carro. Nunca me habían apuntado con una pistola; se siente horrible. Regresé a mi carro con las manos en alto y rápidamente aprendí la regla: si te para un policía, quédate en el coche con las manos sobre el volante. Resulta que me había detenido porque había un toque de queda a las 10 p.m. para los menores de edad y el policía quería revisar mi identificación para ver si tenía más de 18 años. Si los tenía, pero después de esa violenta experiencia mi actitud hacia la policía permaneció vinculada al miedo y no a un sentido de seguridad y protección.

Poco a poco adquirí conciencia de lo que es ser un extranjero en este país. Sin embargo, mi postura no era crítica. Era un admirador y me esforzaba por adaptarme, pero a la vez no estaba dispuesto a sacrificar mi idioma, mi cultura ni los recuerdos de mi pasado por ello. ¿Cómo lograr ese balance?

“No soy de aquí ni soy de allá”

Entre las experiencias que tuve como inmigrante, hubo varias que me empezaron a cambiar de formas que no me parecieron aparentes hasta que volví a México.

En mi país natal no había convivido con gente afroamericana. Distintos de los estereotipos de agresión y resentimiento que aparecían en las

películas de *blaxploitation* de los setenta, esos compañeros eran los más amables conmigo, pues me reconocían al cruzarnos en el pasillo, asentían con la cabeza o me decían “*how ya doin'?*”. Algunos compañeros blancos con los que ya me había presentado no me saludaban igual; se pasaban de largo en el pasillo e ignoraban mi saludo, como si yo fuera invisible. Pronto los dejé de saludar yo también.

En una de nuestras primeras vacaciones familiares en Indiana, fuimos a pasar un fin de semana al hotel West Baden en el pequeño pueblo de French Lick. Me impactó ver que en el comedor, sin excepción, todos los comensales eran blancos y todos los meseros eran negros, uniformados —además— de frac negro con chaleco y guantes blancos, como en una escena del *antebellum*.

Estaba en una *high school* mixta y, después de haber estudiado en una escuela católica para varones por siete años y no haber tenido hermanas en casa, ésta era la primera vez en que mi entorno era habitado por mujeres de mi edad. A principios de los ochenta el movimiento feminista era muy militante. Muchas mujeres se veían en la necesidad de denunciar el sexismo en voz alta y en público en cuanto lo identificaban. Como de chico me enseñaron a ser caballeroso, una vez intenté tener “el detalle” de abrirle la puerta a una compañera y me soltó una letanía sobre la inequidad inherente a mi gesto. Me preguntó indignada si acaso yo pensaba que ella era demasiado débil para abrirla y que, si me gustaba tanto abrir puertas, entonces por qué no se la abría también a los hombres. Aunque al principio me pareció exagerada su reacción, cuando lo procesé me hizo recapacitar sobre el tema y dejé de abrirla la puerta a otras personas por mucho tiempo.

Entre las nuevas amistades que desarrollé tuve amigos homosexuales, algunos abiertamente, lo cual era una novedad para mí, pues en el lugar de donde yo venía se trataba de un asunto muy reprimido, que incluso podía generar agresiones físicas. Sin embargo, en mi casa me enseñaron a respetar a los seres humanos sin prejuicios. Hacer una amistad respetando la orientación sexual de la otra persona me parecía civilizado y acorde con el ideal que esperaba de mi vida en Estados Unidos. Recuerdo que un amigo, quien

alguna vez me prestó su coche durante unas vacaciones mientras él visitaba a su familia, me habló sobre el valor que necesitó para “salir del clóset”, algo en lo que yo no había reparado.

“Ya te vestiste a la moda”

Una de las veces que regresé a México, tres o cuatro años después de haber migrado a Estados Unidos, noté por primera vez que me molestaban ciertos comentarios y actitudes que escuchaba entre mi familia y mis amigos en México, o incluso en televisión, y que antes no había notado. Había chistes y dichos, de los que me llegué a reír con mis amigos, que ya no me hacían gracia; por ejemplo, “trabajar como negro para vivir como blanco”. Fue famoso lo que dijo el mismo presidente de México, Vicente Fox, cuando se metió en problemas en Estados Unidos por decir que “los mexicanos están haciendo trabajos que ni siquiera los negros quieren hacer”. Aparte de las actitudes que pudiera tener Fox como individuo, muchos mexicanos tampoco veían nada malo con esa declaración. Otras expresiones, como decir que una persona “trae el nopal en la frente” o “lo bajaron de la sierra a tamborazos”, me empezaron a incomodar.

En el tema de la equidad de género, lo que antes me pasaba inadvertido ahora me hacía pensar en la compañera feminista que me llamó la atención por abrirla la puerta. Recuerdo que un día salí a caminar a mediodía, cerca del Monumento a la Revolución en la Ciudad de México, y vi pasar a varias mujeres en minifalda y ropa muy entallada por la calle. Mi tía me explicó que eran las secretarías de los despachos que salían a comer. Ésa era la indumentaria que se esperaba de ellas. Me hizo notar que los puestos se anunciaban así: “Se solicita secretaria soltera de 20-25 años y con buena presentación”. Estas jóvenes eran un símbolo de estatus para sus jefes cuando recibían clientes. Quizás en otra época podría haber aceptado esto como normal, a nadie más parecía molestarle, pero ahora, después de haber vivido en otro mundo por un tiempo, yo lo veía de otra manera.

Si un hombre dice “no soy machista porque ayudo a mi mujer con las labores de la casa y le dejo hacer lo que le gusta” o —a la inversa— una mujer dice “mi esposo no es machista porque me ayuda con las labores en la casa y me deja hacer lo que me gusta”, yo no puedo evitar pensar: ¿quién estableció que las labores de la casa son responsabilidad de la mujer o que el hombre tiene el poder de permitirle a una mujer hacer lo que le gusta? Lo mismo me sucedió respecto a la imagen con la que crecí de los homosexuales: que a los hombres “se les cae la mano” y son débiles y cobardes, y que las lesbianas odian a los hombres. No ha sido mi experiencia.

Si les hacía notar esto a mi familia y amigos, ellos lo negaban o no le daban gran importancia. Incluso me hacían burla por predicar una pretenciosa “superioridad moral” importada de un país que está muy lejos de ser un modelo de moralidad para muchos mexicanos. En fin, nadie es profeta en su propia tierra. Recordé esta canción prejuiciosa de la trabajadora del hogar que regresa a su rancho después de trabajar en la ciudad:

*Ya te vestiste a la moda
presumiendo a tus paisanos.
Ya vienes hablando inglés
aquí entre los provincianos.
Yo te vi salir descalza;
te corrieron tus hermanos.*

*Ya comiste buena sopa:
el chorizo en alberjones.
Ya estrenaste nueva ropa
que te dieron tus patronos,
pero al llegar a tu casa:
¡puro chile y tus frijoles!*

Me di cuenta de que quien había cambiado era yo.

“No me hallo”

Después de terminar *high school* en Indianápolis, entré a una universidad. Inicié estudios en Biología, igual que mi madre, pero después de un año me cambié a Antropología, quizás porque es un campo que ofrece respuestas a las experiencias transculturales de las que me estaba concientizando y que me causaban tantas preguntas.

Recuerdo que en uno de los cursos leí un manual de etnografía que se llamaba *The Professional Stranger* y me identifiqué mucho con él porque describía ese sentimiento de pertenencia y a la vez de distanciamiento que yo sentía en tres países: primero, en México, donde viví toda mi infancia, como parte de la segunda generación de una comunidad inmigrante de refugiados políticos españoles —con costumbres y creencias un poco diferentes—, y donde ahora también soy un poco gringo y extranjero; segundo, en Estados Unidos, donde —a pesar de haber nacido aquí mientras mi padre estudiaba un doctorado— me siento inmigrante, ya que el español es el idioma en casa; y tercero, en España, donde se encuentra el 90 % de mi familia extendida (aunque desciendo de los exiliados de la guerra civil, ahí no me siento paisano). Por una parte, me siento con derecho de reclamar pertenencia cultural en esos lugares —de hecho, tengo tres pasaportes y puedo votar en cada país—, pero por otra parte me siento extranjero en los tres.

¡Soy Juan Sin Tierra!

Me consuela pensar que como etnógrafo, según el libro, gozo de una perspectiva que me permite ver cosas que no ven los que han vivido y crecido en un solo país. Quizás por eso me hice antropólogo.

“La música soy yo”

Empecé a tocar la guitarra a los seis años; la música me ha acompañado y se ha transformado conmigo en todas las etapas de mi vida. Al principio tocaba canciones populares mexicanas en la estudiantina de la escuela, como “La rondalla”, “Cómo”, “Corazón de roca”, “El murciélago”, “México lindo y querido” y otras.

A medida que fui adquiriendo mi propio criterio, empecé a escuchar música importada. En México tenía interés en conocer otros lugares y músicas del mundo, no sólo la mexicana. Cuando cumplí 14 años, mi padre me regaló un disco importado del grupo The Village People y me dio el recibo por si quería elegir otro. Fui a la tienda y lo cambié por un disco que acababa de

salir, con una portada que me atrajo. Se titulaba *Animals* del grupo Pink Floyd. Este disco fue el principio de una relación intensa y profunda con el rock progresivo.

Como entonces predominaba la música disco en San Luis Potosí, con un estilo y un ambiente que no me atraían, yo no compartía gustos musicales con la mayor parte de mis compañeros de la escuela. A los pocos días de llegar a Indianápolis me gasté los 500 dólares que traía de la venta de mi tocadiscos en una guitarra electroacústica marca Ovation de fibra de vidrio. Esa guitarra y mi interés en el rock me sirvieron para hacer amigos de inmediato en mi nuevo hogar. Después de aquello seguí tocando con grupos de *jazz*, *reggae*, música *folk* estadounidense e inclusive música de varias culturas del mundo: África, India, Brasil... Dejé la música mexicana a un lado.

“¡Viva el huapango!”

Un parteaguas en mi vida fue una charla casual con una mujer angloamericana, universitaria, mayor que yo, posiblemente una maestra o una estudiante de doctorado, cuyo nombre no recuerdo. Sucedió en 1989 en la Universidad de Indiana, en una recepción académica de ésas donde después de una ponencia sirven queso y vino. Me hizo un comentario breve, inocente, trivial y probablemente amistoso, pero que de alguna manera me dejó incómodo, algo repugnado y sobre todo reflexionando profundamente. Me hizo ver una realidad sobre Estados Unidos que, aun habiendo vivido en este país por casi ocho años, había pasado inadvertida para mí. No supe responderle, mi conflicto era interior. Fue una reflexión privada que me hizo encarar una contradicción de ésas que los psicólogos llaman “disonancia cognitiva”: una incongruencia entre mis ideas, mi manera de actuar y mi percepción de la realidad. Lo describiría como uno de esos momentos en los que “se me prendió el foco”, “me cayó el veinte” o “abrí los ojos y vi la luz”. Mi supuesto desengaño y mi decisión casi inmediata de hacer algo al respecto me dieron un sentido de propósito muy consecuente. El incidente fue muy

breve, duró menos de un minuto, pero como dice el dicho: “los mejores perfumes vienen en frascos pequeños”.

Resulta que, en ese evento social, la mujer notó que yo tenía un ligero acento extranjero y me preguntó de dónde era. Cuando le respondí “de México”, me dijo con una sonrisa amigable, como quien busca un común denominador como punto de partida para una conversación, que un pariente suyo vivía en Santa Fe, la capital del estado de Nuevo México. Me quedé callado. No era la primera vez que me encontraba en una situación así, pero esta vez fue diferente. Me quedé dividido entre la sorpresa y la confusión. No entendí cuál era la coincidencia entre México y Santa Fe, y a la vez creo que estaba en la fase de negación de creer lo que sospechaba que había sucedido. Nos quedamos sin nada de qué conversar y ahí terminó ese breve encuentro.

Cuando se lo conté a un buen amigo estadounidense, él se tronchó de la risa y confirmó mis sospechas sin ningún asombro. A medida que procesaba la experiencia, me sentí triste y pensé si acaso era posible que esa mujer universitaria no supiera que existe un país al sur de los Estados Unidos que se llama México. Por primera vez consideré que sí, era posible, y lo he confirmado en otras ocasiones. Independientemente de si ése fue el caso con esta mujer, porque puede haber varias interpretaciones, esto sólo fue el principio de otras revelaciones subsecuentes sobre lo poco y lo mal que se conoce a México en Estados Unidos.

Quizás al lector no le parezca sorprendente, pero para mí fue una pérdida de inocencia. Me asombró lo poco que mucha gente parecía saber sobre México. Con cierta arrogancia e indignación me preguntaba: ¿cómo era posible que yo supiera tanto sobre Estados Unidos y ellos tan poco sobre México? Muchos parecían tener una imagen basada en una amalgama de estereotipos basados en el flamenco, la rumba, las corridas de toros, el tango y los bandidos en las películas de John Wayne. Para ser justos, quizás los mexicanos también nos debemos preguntar cuánto sabemos sobre la historia, la cultura y la geografía de nuestros vecinos del sur, Guatemala y Belice.

En esa época estudiaba una maestría en Etnomusicología, un campo que investiga la música no como sonido, sino como fenómeno social y cultural de la gente que la produce. Mi interés era desarrollar una tesis basada en una investigación de campo que hice sobre la música de una tribu nómada en el norte de Kenia, en África oriental, durante mi licenciatura en Música y Antropología Social. Lo gozaba en grande. La cuestión de si algún día lograría ganarme la vida con esa profesión era algo que no me quitaba el sueño. Ya le buscaría alguna aplicación práctica en su debido momento. Mis maestros tenían menos fe que yo. Me insistían en que no tenía futuro como africanista y me sugerían que mejor me enfocara en la música mexicana, donde quizás podría llegar a tener mayor éxito debido a mi origen y mi idioma natal. A mí me indignaba pensar que no me quisieran apoyar en mi interés por investigar cosas nuevas para mí, como lo harían con un blanco, y que me pidieran que me dedicara a algo que ya había dejado atrás.

En esa época sentía que estaba navegando contra la corriente, y aquel encuentro reventó mi burbuja proverbial. De pronto, sentí que se me presentaba la oportunidad de ser útil y ponerme al servicio de una necesidad social de la que me acababa de concientizar, una causa ante la cual quizás, en efecto, estaba mejor calificado que otros para abordar, al menos en ese pequeño pueblo del sur de Indiana. Era una curiosa oportunidad de practicar mi experiencia como inmigrante y mis eclécticos conocimientos de música y antropología para ponerlos al servicio de gente como esa señora. Otra vez, esa situación me empujó a tomar una posición defensiva. Irónico: habiendo salido del país como un crítico de México, ahora me estaba convirtiendo en una especie de abogado defensor y embajador cultural.

Al año siguiente formé Los Coyotes, probablemente el primer mariachi en la historia de Bloomington, Indiana, sin contar con un solo músico mexicano. También comencé algo que sigo haciendo hoy: dar recitales y talleres en inglés sobre el corrido mexicano. Ese verano conseguí una pasantía en Chicago que me llevó a conocer esta ciudad, donde he vivido desde 1993 hasta la fecha.

“El otro México”

La comunidad de origen mexicano en Chicago sobrepasa el millón de habitantes, son muchos más mexicanos que quienes viven en la ciudad de San Luis Potosí. Vine a Chicago después de haber vivido más de ocho años —durante los ochenta— en el sur de Indiana, donde no existía una comunidad mexicana, ni posibilidad de hablar español con nadie fuera de mi casa, ni acceso a productos mexicanos de ningún tipo (ni siquiera tortillas de maíz). Para mí fue eufórico entrar a un supermercado mexicano en la calle 26, en el barrio que llaman La Villita; me gasté más de 100 dólares en productos que no había visto en años y que no creí que estuvieran disponibles en Estados Unidos. Mi intención era llevármelos a Indiana para compartirlos con mi familia: xoconostles, queso fresco, tortillas de nixtamal, chiles en escabeche de Herdez, epazote fresco, ate de membrillo, cajeta Coronado, chocolate Carlos V, jugos de fruta Jumex, pulparindos, chicles Canel's y un montón de cosas más. Al ver mi selección de compra, la cajera sonrió y me hizo un comentario: “Usted no es de por aquí, ¿verdad?”. “¿Cómo lo supo?”, dije yo. “Pues por todo lo que trae en el carrito”, me contestó.

Me di cuenta de la importancia que tiene Chicago como centro de abasto para una inmensa comunidad mexicana en todo el medio oeste norteamericano. Las tiendas de la calle 26, donde sólo se escucha hablar español, generan 900 millones de dólares en ventas al año. Ese día me sentí más importante en este país, menos minoritario, y me dieron ganas de mudarme a Chicago.

Me ofrecieron un puesto como director de Asuntos Comunitarios en la misma organización donde había hecho mi pasantía tres años antes, una escuela de música *folk* donde mi trabajo me permitiría poner en práctica todo lo que había estudiado y vivido hasta entonces. ¡Un regalo caído del cielo! Sentí que habían diseñado el trabajo perfecto para mí. Estuve ahí 13 años felices, muy satisfactorios profesionalmente.

Un día que trabajé hasta tarde en la escuela de música, me quedé platicando con el señor que limpiaba mi oficina por las noches. Me contó que él había sido técnico de reparación de computadoras y máquinas registradoras en Guatemala antes de venir a Estados Unidos. Tenía todos sus papeles

migratorios en orden y, aun pudiendo gozar de un mejor puesto y salario trabajando en su especialidad, no lo hacía debido a las limitaciones de su inglés. El inglés, lo comprendí entonces, es la capacitación más valiosa que he adquirido, aun más que mis títulos universitarios.

“Esto no es una elegía”

Este texto termina donde algunos que me conocen quisieran que empezara: mi carrera como músico, especialmente con el grupo Sonos de México Ensemble, con el que he grabado seis discos y obtenido dos nominaciones a los premios Grammy. En este relato omití casi por completo detalles sobre la música que he escuchado y tocado en este país, y de cómo mi desarrollo intelectual, emocional, social y cultural como inmigrante se ha manifestado en mi vida musical.

Sonos de México Ensemble nació en 1994, como producto del encuentro de cuatro músicos mexicanos que nos conocimos en Chicago. Este grupo, al que luego se adhirieron más de 10 músicos a través de los años, se convertiría en el proyecto principal de mi carrera. Hemos alcanzado a cientos de miles de personas por todo Estados Unidos tocando música tradicional de más de 30 regiones culturales de México por casi tres décadas. Ahora también tenemos una escuela de música tradicional mexicana, donde las clases se imparten en español. Me he convertido en un promotor de la cultura mexicana, especializado en las necesidades de las comunidades en Estados Unidos.

Los arreglos que hemos hecho, tanto las piezas tradicionales como las colaboraciones con músicos de otras culturas con las que convivimos en Chicago, han sido producto de esa experiencia inmigrante que describo aquí y una respuesta a las necesidades de una comunidad mexicana en Chicago que busca mantener su cultura y sus tradiciones. Esto no podría haberse desarrollado de la misma forma en otro lado, ni siquiera en otra ciudad de Estados Unidos como Indianápolis.

Me pregunto: si me hubiese quedado en México, ¿estaría haciendo esto? Mi respuesta es un rotundo no. Tanto mi música como yo somos producto de mi experiencia transcultural como inmigrante.

*Vuela, vuela, palomita;
hay más camino adelante.
Me despido agradecido
de este público galante
y aquí les dejo el corrido
de Juan Sin Tierra, el inmigrante.*



Tamales

Margarita Moreno

Todos los inviernos, desde que tengo memoria, mi Nana —mi abuela materna— partía desde Chicago hacia Vista Hermosa de Negrete, Michoacán, para celebrar Navidad. Eso significaba que vería a sus 11 hermanos y hermanas, a muchos sobrinos y sobrinas, y a Mamá Chuy y Papá Doro, mis bisabuelos. Mamá Chuy era una mujer de estatura baja, pelo negro y ojos rasgados; la recuerdo sólo por los retratos que conservamos de ella. Papá Doro, Teodoro Salazar, era un hombre alto y esbelto que, de cariño, me apodó La Zanahoria, por el pelo rubio-anaranjado con el que nací. Mi Nana los visitaba año tras año e incluso mantuvo su acostumbrado viaje anual muchos años después de que ambos murieran.

Cuando volvía, mi Nana nos contaba de su viaje. Yo me imaginaba con detalle todo lo que nos narraba: el castillo pirotécnico, las chispas volando, los primos corriendo por la plaza cada noche; también me imaginaba el olor a tacos de canasta que todos comían y, cuando mi Nana nos hablaba de cántaros, los que yo veía en mi cabeza eran como una combinación entre El Cantarito y El Barril, las cartas de la lotería.

Una sola visita navideña bastó para confirmar que México era mejor de lo que podía imaginar. Fui a los 12 años, en diciembre de 1998, con mi hermano y mi madre. Llevaba mi Walkman y un *mixtape* con todas mis

canciones favoritas de B96. Llegamos a México y tomamos un taxi que manejó dos horas por una carretera que en nada se parecía a la I-55 de Chicago. No había largas filas de autos conduciendo con nosotros, ni letreros que indicaran las salidas que se avecinaban; sólo un tramo ancho y despejado de camino de grava.

Casi todo en México era como lo pensaba, salvo algunos aspectos que se quedaron grabados en mi memoria. Por ejemplo: el agua dejaba de salir a ciertas horas del día y no había calefacción en las casas. Aprendí que la leche recién ordeñada de la vaca sabe diferente. También recuerdo los balnearios con su agua calentita y el sabor de las tortillas hechas a mano de la señora Chenchá, esposa del padre de mi padrastro, a quien visitamos en Huandacareo, Michoacán.

Era un reto entender el precio de las cosas. Esa Navidad compré el cd de los Backstreet Boys: en Chicago no lo podía comprar porque era carísimo, pero allá en la plaza me costó ¡10 pesos!

Aquí en Chicago, mi familia siempre mantuvo las tradiciones mexicanas. Poníamos un árbol de Navidad junto con un elaborado Nacimiento. Las figuritas de los Reyes Magos, Melchor, Gaspar y Baltasar, eran mis favoritas. Decorábamos el pino con luces, oropel, adornos, y al pie siempre había regalos para abrir en la mañana de Navidad. Tengo una foto de mi Tata armando un carro de Barbie, descapotable y rosa; recuerdo que no pude sacarlo a la calle hasta meses después, por los fríos inviernos de Chicago. El invierno, por cierto, era la razón por la que mi abuela se iba a México desde noviembre hasta marzo.

Los inviernos de Chicago, para la niña mexicana que yo era, no significaban andar en trineo, patinar sobre hielo o viajar al centro de la ciudad para ver cómo se iluminaba el árbol de Navidad o los *displays* de Marshall Field. Ésas son cosas que descubrí hasta que fui adolescente gracias a mis amigos de la secundaria, que compartían sus experiencias conmigo.

Aunque no recuerdo las primeras navidades que pasamos aquí en Chicago, mi Nana me ha asegurado que las pasamos juntas, pero la soledad y el anhelo en mi corazón permanecieron conmigo durante años. Crecí sabiendo que cada temporada navideña significaba una reunión de la gran familia que tenía en México; para mí era un recordatorio de que me faltaba una gran parte de mí.

“Güerita, ¿cuándo vas a venir, amor?”, era, y es, una pregunta constante. “Pronto, tío”, “pronto, tía”, sigue siendo la respuesta. Los días 24 de diciembre utilizábamos dos tarjetas telefónicas para conversaciones que duraban entre 10 y 20 minutos, llenas de “abrazos y besos” para todos. En mis 36 años de vida sólo he pasado una Navidad en Michoacán; viví como indocumentada 19 de esos años. Ahora, de adulta y con cuatro hijos, cuando mis familiares me preguntan cuándo voy a ir, sigo respondiendo: “Para el año que entra, primeramente Dios”. Lo hago por costumbre y por mi anhelo de hacerlo realidad.

En esos años mi Nana me hacía escribir cartas a mis primos. Era difícil porque, aunque en casa sólo hablábamos español, mi escritura en ese idioma no estaba muy desarrollada. Mi educación desde pequeña había sido en inglés; yo era una estudiante con un desempeño académico excelente, pero mi español era muy básico. En la secundaria decidí tomar clases de español, mi maestra era la hermana Johanna Marie. Aún recuerdo cuando practicábamos la conjugación de verbos. Pero el idioma se desvanece: ahora uso el traductor de Google y, la verdad, las canciones de Lupillo Rivera para mantener mi español vivo.

En 2020, la pandemia de COVID-19 causó disparidad en todas partes. Aterrizó, aisló al mundo entero, y mantuvo a mi Nana en Vista Hermosa desde noviembre hasta marzo. Sentí esos meses sin ella como si hubieran sido dos años, pero encontré consuelo en pasar la Navidad sólo con mi pequeña familia. Tengo tres hijas: Sarah Camille, Norah Lily y Hannah Elena, hermosas

mexicanas nacidas en Chicago que aún tienen que conocer y experimentar México. Mi cabezón, Vincent Joel, que se hace llamar Viny, es el hijo mayor y vacila sobre su nacionalidad: se debate entre ser mexicano o americano; desde niño anhelaba ver los caballos en el rancho del que le hablaba su abuelo.

Esa Navidad de 2020 sin mi Nana, los niños, mi esposo y yo celebramos con nuestro pino de seis pies. Como es tradición, los regalos aparecieron hasta la mañana del 25.

La de 2022 es la primera Navidad que estamos juntos como una familia más grande: mi Nana, mis tías, mi mamá, mis hermanos, mis suegros y mis cuñados. Recién compramos una casa nueva y tenemos suficiente espacio para recibirlos. Les pedí ayuda a mi suegra y a mi Nana para hacer tamales, pero ellas optaron por comprar unos ya preparados. Los tamales, todos lo sabemos, no son una comida fácil. Sin embargo, estoy decidida a hacerlos con mis hijas. Bien preparada con una lista de compras en la mano, fui a la tienda a comprar lo que necesitamos: dos tambos de masa para tamales La Guadalupeana, una lata de frijoles refritos La Preferida, queso chihuahua y hojas de maíz, además de piloncillo, guayabas y jamaica, entre otros ingredientes, para hacer ponche. También compré un tallo largo de caña porque quiero mostrarles a las niñas cómo algo tan dulce puede tener un exterior tan duro.

La mañanita del 24, me despierto temprano para volver a buscar en YouTube el video de doña Ángela, del canal "De mi rancho a tu cocina", porque no quiero estropear los tamales. He visto la preparación en la casa de un par de amigos y tengo alguna idea de lo que hay que hacer: abre la hoja, unta la masa, ponle la carne, etcétera, pero esto es diferente. Se siente diferente.

Las tamaladas que he presenciado siempre están llenas de familiares, grandes tinas de masa y varias opciones de carne y guisados. Se hacen docenas y docenas de tamales, y alrededor de las mesas de la cocina se reúne una línea de ensamblaje. Yo tengo mi propio ejército listo para la tarea,

tres chiquitas emocionadas por preparar nuestra deliciosa cena navideña. Les explico que necesitamos amasar más y que haremos una masa salada y una dulce. Hacen muecas de disgusto, porque ellas sólo van a comer tamales de frijol y de queso; mis favoritos, en cambio, siempre han sido los dulces (de fresa sin pasas, por favor). Abro algunas hojas de maíz, percibo un olor de sótano mojado —como cuando se mete el agua durante las tormentas de primavera en Chicago— y me pongo de nervios, pero una googleada me calma. Enjuago y enjuago, hasta que llego a las hojas que tienen moho y las dejo a un lado. Aunque Google dice que pueden usarse, no me dan confianza.

Las chicas están ansiosas por untar la masa, así que empezamos en cuanto termino de enjuagar por segunda vez las hojas. Cuchara en mano, agregamos frijoles y queso en cada tamal. Les digo que tengo una gran familia en México, que ellas son mexicanas y algún día conocerán a todos mis familiares. "Pero tengo miedo de ir, mamá, en *México* sólo hablan español", es su principal objeción. Mientras, nos sumergimos en una conversación sobre por qué asisten a un programa bilingüe, donde aprenden en español la mayor parte del día. Para mis hijas, mexicanas de segunda generación y ciudadanas estadounidenses, su primer idioma es el inglés; por eso me he asegurado de que tengan una conexión con su herencia cultural. Me convertí en educadora y siempre me he identificado como una maestra bilingüe, que lucha para que la herencia cultural y el idioma de los estudiantes sean sus fortalezas. Todos los días, al caminar por los pasillos, pienso en mis propios hijos cuando veo los rostros de mis alumnos, sano partes de mi infancia mientras abogo por los servicios que no recibí como estudiante.

Las niñas trabajan diligentemente hasta que pierden interés y afirman que ya terminaron con los tamales. Nos tomamos un tiempo para verificar si hemos seguido bien los pasos de doña Ángela y luego ellas se van a disfrutar de su Nochebuena; esperan que Santa Claus les traiga su regalo por la noche. Sigo haciendo tamales por mi cuenta, en mi cocina, en el lado sur-oeste de Chicago, con el corazón lleno para hablar con mis tíos y tías por teléfono junto a mi Nana y mi familia. Deseo que podamos aprender juntos

sobre nuestro patrimonio cultural, finalmente viajar a *México* y ver la gran familia de la que somos parte.

He tenido mucho tiempo para sentarme con mis pensamientos y entender la manera en que, cuando se es niño, uno procesa las experiencias vividas. No recuerdo nuestra experiencia de cruzar la frontera porque era muy chica, pero desde muy joven fui consciente de nuestro estado migratorio. Sabía que no podía viajar por mi situación legal, porque si lo hacía no iba a poder regresar a “casa” en Chicago.

Ahora sé que mi familia en México no me abandonó, pero desde niña sentía que faltaba una pieza en mi estructura familiar: los tíos, tías y primos que se quedaron allá. Gracias al internet, a las redes sociales, he tenido la oportunidad de comunicarme con miembros de mi familia y desarrollar un sentido de pertenencia.

Esta pieza que he escrito es un artefacto vivo, testimonio de mi identidad —soy de aquí y de allá—, ya que fue escrita tanto en inglés como en español desde el principio.



La marcha de migrantes nunca se acaba

Maya Piña

Ya en el Gabacho, en un momento de mi vida aspiré a ser periodista, pero sólo fue eso: una aspiración, porque mi espíritu desparpajado no ayudó con la disciplina que se requería para buscar “la verdad”, documentarla y exponerla. Me encantaba la información, eso sí. Empoderaba mis opiniones y ensanchaba mi ego. Asimismo, me gustaba escudriñar datos recónditos, hechos no dichos, acontecimientos suprimidos de la historia de la migración mexicana y verterlo todo en notas que nadie leía, ni siquiera los entrevistados.

Admito que no tenía voz propia ni redacción legible. En la prepa xaveriana donde estudié, todavía en México, había reprobado Catecismo y el Taller de Lectura y Redacción. Las ciencias eran lo mío; bueno, al menos eso creía. A mis 17 años —siendo, sin saberlo, “una mujer que aún es una niña”— aspiraba a ser físico nuclear en un país que no tenía plantas nucleares y con un promedio académico que se empecinaba en hundir mis aspiraciones. Mis notas parecían víctimas de un desastre nuclear como el de la Isla de las Tres Millas en Pensilvania o el accidente acaecido en Chernóbil.

Cuando desperté, al graduarme de la prepa, mis sueños y aspiraciones ya no estaban allí. Así que durante un par de años me dediqué al puesto de frutas y verduras que mis padres atendían en el Mercado Guadalupeño. Ahí le jalaba bien y bonito durante la mañana y entrada la tarde, y ya por las

tardenoches me dedicaba a explorar la banalidad del sueño americano que me llegaba a través de la parabólica.

Por otra parte, el hastío y la cobardía ofuscada por la disforia de género se habían vuelto el motivo asfixiante de mi *raison d'être*. Aburrida del *party*, la caguama, el bacacho y la envidia que me causaba que mis excompañeros preparatorianos continuaran con sus estudios universitarios, decidí emigrar. Mi plan era trabajar en lo que fuera, aunque mi fuerte era mandar, ahorrar, unos benjamines para volver al terruño dos años después, montar un negocio y casarme con mi Chenchá.

Han pasado 34 años, 10 meses, tres semanas, cinco días, y no ahorré benjamines ni regresé a casarme con Fulgencia. Emigré creyéndome el Macho Pancho y a medio camino me despertó la canción de “El gran varón” que dice: “Al extranjero se fue Simón, / lejos de casa se le olvidó aquel sermón. / Cambió la forma de caminar, / usaba falda, lápiz labial y un carterón...”.

Después de tres décadas, obviamente ya no soy Pancho ni Franky, ni mucho menos Simón; soy Maya y sigo aquí, tratando de desenredar la aspiración que algún día tuve al querer ser periodista y comprender un episodio histórico de la migración mexicana en Estados Unidos, un acontecimiento que —con el paso de los aniversarios— ha ido desdibujándose y cayendo en el olvido: la Primavera del Inmigrante de 2006.

Caigo en cuenta de dicha primavera a partir de un encuentro accidental que tuve, hace unos días, con el escultor Alfonso “Piloto” Nieves. ¿Acaso el encuentro con los amigos no es sino para mantener vivos ciertos recuerdos que se resisten a morir? Piloto evocó, no sin cierta nostalgia, su participación en la marcha y en la creación de su primera escultura:

—Todavía me acuerdo que esa marcha estuvo buenísima. Había muchísima gente haciendo valla, además de todos los que íbamos marchando. Aparte de que pasaron las horas, pasábamos a mucha gente en el camino hasta que llegamos a Union Park y lo encontramos hasta la madre, hasta no poder pasar. Era un chingamadril de gente; no sé cuánta, pero era un chingo.

“Ese 1º de mayo de 2006 vi por primera vez que el arte podía hacer un cambio: podía tocar a la gente en otras formas, maneras diferentes a las de

un orador. La escultura tocó a muchas personas: a las que ayudaron, a las que la cargaron, a las que se tomaron una *selfie*, a las que la vieron pasar. Ver todas esas reacciones fue bien chido. Ésa fue la primera vez que vi que el arte podía despertar la conciencia de la gente.

“Ahora que han pasado 17 años, creo que el arte da las herramientas para expresarse y hacer un cambio social. El arte es la conexión de tu mente, tu corazón, tus manos, tu espíritu, y saca todo lo que llevas dentro, lo que no podemos expresar con palabras. Y como dicen por ahí: cualquier obra de arte que hagas es política, pues es una expresión a favor o en contra del sistema. Al hacer arte nos estamos revelando. Estamos haciendo introspección. Quizá no estemos viendo nada o tal vez estemos influenciados por todo, pero estamos tomando acción por nosotros mismos, estamos viendo dentro de nosotros. ¿Acaso hay algo más político que jugar a ser Dios: crear y cambiar al mundo?”

Y sí, el inmigrante es un demiurgo y juega a ser Dios sin proponérselo. En su paso de una tierra a otra, y al cruzar fronteras, crea y transforma el mundo. Transgrede leyes injustas que le cierran el paso. Extiende sus alas para sobrevivir y traza narrativas con la empatía y la compasión.

Ese 1º de mayo de 2006 marcharon más de cuatro millones de personas en más de 200 ciudades de Estados Unidos. Sí, cuatro millones de personas tomaron las calles en un país donde, durante los sesenta y los setenta, el descontento social había permanecido adormilado frente al televisor. Ese sábado de mayo los *yarderos*, las *babysitters*, los *dishwashers*, las dragas, los troqueros, el *drywalero*, la ganguera, el señor de la *boila*, la señora de los esquites y las *teiboleras* se volvieron visibles e hicieron de las calles su voz, su ruta para exigir respeto para ellos y sus familiares. Demandaron una amnistía que nunca llegó, pero callados no se quedaron.

Yo sí me quedé callada por muchos años al no continuar con mi crónica de las marchas de nuestra Primavera Inmigrante, cuyo origen se remonta al

1º de julio de 2005, cuando, además de registrar el suceso sin mucha gracia, me asumí como la garganta nacional y vociferé consignas con el resto de las 50,000 personas que marchamos ese día.

Ahí estaban optimistas, esperando al compa de la factoría, a la compañera del *dancing*, al *busser* del resta. El párroco se acomodaba el cuello immaculado y mostraba una sonrisa radiante, supongo que era el orgullo que sentía por su rebaño. Juntos eran ya bastantes, pero aún faltaban muchos más por llegar. Nadie supo a ciencia cierta cuántos asistieron, pues nadie esperaba ese río de gente. Para haber sido un día laboral fue mucho más de lo esperado; claro: tampoco se esperaba mucho, ¿qué se podría esperar de los inmigrantes sino obediencia y sumisión? Ahí mismo nos enteramos de que muchos patrones dieron el día libre a sus empleados, otros mejor cerraron el changarro y se fueron con todo y chalanes a la marcha.

El del montacargas dijo que tuvo que adelantar sus vacaciones para no perder el día de salario y hubo muchos más que, ya entrados en la bola y el desmadre, simplemente no se reportaron a la chamba y desde temprano le cayeron al punto de encuentro. Llegaban en grupos pequeños y en autobuses escolares, pero todos o casi todos vestían prendas blancas, immaculadas, como si fueran a hacer la primera comunión. Ahí estaban ya muchos en la intersección de la avenida Ashland y la calle 31. Seguían llegando. Ríos de gente fueron saturando el cruce hasta desbordar las banquetas, jardinerías, y poco a poco se comenzaron a apropiarse del estacionamiento del *mall*.

Antes de las nueve de la mañana, el estacionamiento se convirtió en un gran taller maquilador de pancartas: "Soy ilegal, no criminal". Ondeaban banderas mexas, suéteres y cartulinas en lo alto; los troqueros tocaban el claxon para mostrar su empatía con los mensajes de las cartulinas: "Venimos a trabajar, no a robarle a nadie", "Exigimos nuestro lugar".

Traían sed y descontento contenido. Por muchos años habían callado y aceptado con resignación las condiciones que implica no tener papeles. Sabían que no estaban solos, pues antes que ellos habían llegado Felipa, Héctor, Joaquina, los conocidos del terruño de origen. También sabían que ese viernes era el indicado para salir de las sombras y hacerse notar, como

se leía en una cartulina: "El pueblo habla, tiene rostro, debemos ser escuchados". Habían perdido el miedo y era la oportunidad de manifestar que no eran terroristas ni malandrines; eran trabajadores cansados de recibir un salario de hambre, de que les robaran horas de la nómina o no les pagaran el tiempo extra. Ese día hubo claridad y ya no permitirían que otro grupo de "vigilantes" los hostigara. Creo que por eso don Tomás escribió en su pancarta: "Minuteman Can't Stop Our Progress".

En las décadas pasadas, cuando los indocumentados eran apenas unos cuantos, nadie los quiso escuchar. No se habían atrevido a alzar la voz, tomar las calles, pero ese viernes 1º de julio se apropiaron del discurso, arrebatándose la palabra, e hicieron que la resonancia llegara hasta las paredes de la Casa Blanca.

Por supuesto, eso no lo hizo "uno ni cien", como rezaba la pancarta, sino "miles y cuéntanos bien". Sí, ahora ya sabían que eran miles, millones, y estaban en todas partes. Se les miraba podando el césped, picando cebolla, sirviendo mesas en los restaurantes, lavando ventanas en los rascacielos, paseando niños en los barrios acomodados.

Nunca antes de ese 1º de julio se les había visto juntos. Ahora eran un chingo y traían los ojos bien abiertos, los pies bien plantados en la calle, y pregonaban consignas en pro de la fuerza laboral indocumentada. El gigante de tez cobriza había comenzado a despertar.

Pero quien nunca despertó al periodismo fui yo. No obstante, mi terquedad me brinda cierto sosiego y continué escribiendo crónicas, ensayos de momentos relevantes en la vida de los inmigrantes y en la mía; por ejemplo, mi salida del clóset.



Mi camino

Nora Sotelo

Mi filosofía, la que he transmitido a mis hijos, es que debes hacer lo que te dicte tu corazón, buscar hasta encontrarlo, darle la cara y, si no lo encuentras, crearlo. Para mí, emigrar fue la más grande oportunidad de mi vida, un derecho, un camino, una experiencia que hay que vivir para poderla contar.

Nací en Zapotlán el Grande, Jalisco, hoy Ciudad Guzmán, el 6 de octubre de 1960, durante las fiestas en honor a San José, protector en los temblores. Mis padres, doña Guadalupe y don Santiago, tenían 45 y 43 años respectivamente. Soy la cuarta y última hija; mis hermanos Irma, Nélida y Santiago, y mi prima Natalia —que también es hermana— celebraron mi nacimiento, mientras en la catedral se quemaba castillo —un espectáculo de pirotecnia al final de la misa— y bailaban los danzantes al ritmo de la chirimia.

A mi tierra, que está entre laguna y volcanes, la llaman “la cuna de grandes artistas”. Nacieron ahí el literato Juan José Arreola, la poeta Virginia Arreola, la compositora Consuelito Velázquez, el muralista José Clemente Orozco y el compositor Rubén Fuentes (vibro emocionada con su canción “Qué bonita es mi tierra”). Mi casa era grande, con patio y dos corrales, baño de pozo, pila de agua; había gallinas, maíz, frijol, chayotes, guayabas y leche fresca.

Forjada en el deporte, crecí en una familia disfuncional como muchas. Mi padre era un bohemio y mi madre una feminista nacida fuera de época, hermosa, inteligente y fuerte. Ella trabajó y puso comida caliente en la mesa, ésa era su forma de amar. Yo era rebelde, de carácter fuerte, a la vez sentimental y una estudiante promedio. Me salvó la pelota de *volleyball* que a los 10 años cayó en mis manos. Descubrí mi talento; encontré mi tabla de salvación, mi conductor. Estaba en la familia correcta para ser más fuerte, resiliente.

Eran los fabulosos setenta: en la rocola sonaban los Bee Gees y muy a tiempo fundaron el Instituto Tecnológico de Ciudad Guzmán. Corrí por la oportunidad de ingresar y, una vez ahí, encontré más que educación. Entré al equipo de *volleyball*, donde aprendí todo lo que sé de disciplina y fuerza interior. Conocí mi pasión por la competencia; lo mío era ganar, o perder y salir llorando. Recuerdo que portaba orgullosa la chamarra del Tec Guzmán, que significaba respeto, compromiso, responsabilidad, humildad e inspiración. Practiqué ese deporte durante 25 años y, después, jugué tenis.

También ahí, en el Tec, encontré mi destino, el amor de mi vida: mi esposo Héctor Salcedo. Él estudiaba Ingeniería, era un gran futbolista, y yo trabajaba en el IMSS como asistente administrativa. Somos el cielo y la tierra de diferentes, pero totalmente afines. En 1981 nos casamos, yo de 21 años y él de 25. El día de nuestra boda conocí la libertad y juntos formamos una familia bonita y funcional.

Cuando nació Hugo, mi primer hijo, continué mi educación. No fue fácil, pero, gracias a que recibí mucho apoyo, en 1985 me convertí en la primera mujer graduada como licenciada en Administración de Empresas que recogió su diploma embarazada. Diego, mi segundo hijo, nació la siguiente semana. He entendido que los hijos son el motor que nos impulsa, y que con ellos todo es posible.

Mi futuro se veía increíble: tenía una vida sencilla en mi tierra, buenos trabajos, mucha seguridad, estábamos construyendo nuestra casa y hacíamos ejercicio en el club deportivo. Todo estaba bien cuando mi vida dio un giro de 180 grados con dos hechos que me hicieron reflexionar. El primero fue muy doloroso, pero me enseñó lo verdaderamente importante: mi amada hermana Nely y mi mamá enfermaron de cáncer; murieron con tres meses de diferencia. Ambas fueron mis grandes maestras y ahora viven en mi corazón.

El segundo hecho se relaciona con mi hijo Hugo. Cuando tenía 13 años, en un comercial televisivo de Casa Domecq, vio al maestro de la guitarra flamenca Paco de Lucía tocando "Río ancho", y esto le cambió la vida. La música llegó a casa para quedarse.

Tomé la decisión de renunciar a mi trabajo y regresé a casa a poner comida caliente en la mesa, honrando a mi mamá. Tiempo después tuve otro par de hijos: Andrea nació en 1995 y Braulio en 1997. Estábamos felices como padres.

Junto con Daniel Pimentel, mi hijo Hugo creó el exitoso dúo Guitarras Flamencas de Zapotlán, y en 1999 yo me convertí en gestora cultural. Fueron cinco años de trabajo en la Secretaría de Cultura de Jalisco, años de logros increíbles, y la experiencia fue una gran escuela para mí. Mi trabajo es para el arte, que es lo que el hombre crea y transforma; los artistas son mensajeros. Ésta es una profesión muy importante, especial, delicada, que se hace con una mano en la cabeza y otra en el alma. Siempre estuve apoyada por mi esposo, compañero de aventuras; con él tengo la libertad de ser y hacer.

Mis cuatro hijos, inteligentes y talentosos, crearon el grupo musical Hermanos Salcedo. En la música encontraron el vehículo para ir por sus sueños. El grupo debutó en la Casa del Arte en 2003; tenían seis, ocho, 18 y 22 años. Fue maravilloso escuchar esa fusión de flamenco con *latin jazz* y esa energía que salía de sus instrumentos. El público estaba maravillado; mi esposo y yo, orgullosos y dispuestos a todo por apoyarlos en su carrera. Ése fue el motivo por el cual emigraríamos.

Crearon el grupo cuando yo enfrentaba la batalla contra la depresión: el duelo no me permitía ser feliz. En respuesta a mis oraciones llegó a mi vida mi psicoterapeuta Iván López, quien, junto a un equipo de profesionales, me sometió a un tratamiento por nueve meses. Fue como una gestación, como volver a nacer a mis 43 años; me volví mi mejor versión y vencí mi estado depresivo.

Después de un año de exitosa gira, recibimos una gran oportunidad: la invitación a participar en la Semana Jalisco 2005 en Chicago. Nuestra nueva meta: migrar a Estados Unidos y establecer el grupo allá.

La migración había estado presente en mi familia. Mi padre fue brasero en los cincuenta; nos contó que en California lo bañaron y desinfectaron al llegar. Él quería que nos fuéramos con él. Dos veces envió los papeles a casa para tramitar la residencia en Estados Unidos y mi mamá los rompió. Para ella, quedarse en su tierra era lo más importante. A los 18, mi hermano Santiago emigró a Chicago. Emigrar es tener el valor de salir de la zona de confort, a pesar de tenerlo todo, para ir a buscar más y mejores oportunidades de educación y desarrollo profesional. "El que no arriesga no gana".

En septiembre de 2005 llegamos a la ciudad de Chicago, en un autobús Tornado. Recuerdo que durante el viaje ponían el aire caliente, hacía calor en el calor, pero eso no importaba ante semejante aventura. Cruzamos por Laredo, Texas, y lo primero que hicimos fue comer en Taco Bell.

Chicago es maravilloso: edificios, vientos poderosos, playa, arena y nieve; un clima capaz de mostrarte las cuatro estaciones en un solo día, impredecible como la vida misma. Chicago es una escuela de resistencia: vas a tomar el día como venga y harás lo que tengas que hacer, sin pretextos. Además, tiene suficientes taquerías y restaurantes para no extrañar mi país. Los mexicanos en Chicago son una comunidad de gente valiente, trabajadora, emprendedora; muchos se han organizado en clubes, federaciones de cada estado, como si se tratara de otro México.

En 2005 cumplimos los compromisos con los jaliscienses, todo fue un éxito. Recibimos muchos aplausos y respeto, encontramos amigos entrañables que se volverían una nueva familia. Estábamos agradecidos por la oportunidad. Y nos quedamos por nuestra cuenta.

Posen, Illinois, fue nuestro primer hogar; es un suburbio al sur, a una hora de Chicago. Nos hospedó mi familia Zaragoza Mejía por 15 días; enseguida nos rentaron un departamento, compramos un carro, y con donaciones de mi hermano Santiago y la comunidad zapotlense nos instalamos y estábamos listos para empezar la aventura. Mi hijo Diego hablaba inglés y sabía manejar, ahora era el líder.

Enfrentamos los mismos retos que todos los inmigrantes. Además, nos involucramos con la comunidad: venimos a pedir apoyo y también a apoyar. Descubrimos que compartíamos la misma lucha. Por eso apoyo, admiro y respeto el trabajo que hace la Fundación Jalisco USA, los milagros que logran: reunir hijos indocumentados con sus padres, luego de 20 ó 30 años sin verse ni abrazarse.

Finalmente comenzamos el trabajo de integración y adaptación con los retos que hemos tenido todos los que cruzamos. Lo que siguió amerita un libro aparte. Primero, debo decir que no era cierto lo que me contaron en México: un proyecto artístico es igual de complicado en cualquier lugar del mundo, donde sea hay ventajas y desventajas. Ahora tenemos nuestra propia visión de las cosas: pronto nos dimos cuenta de que habíamos tomado una decisión muy arriesgada, todo se complicó.

Fue imposible encontrar un patrocinador para la visa de inmigración P-3 de artistas. Teníamos el dinero; sólo necesitábamos un nombre para el trámite, además del apoyo de la Secretaría de Cultura de México. Nadie pudo ayudarnos. Por eso tomamos otra arriesgada decisión: quedarnos pese a estar en desventaja. Convertimos nuestra decisión de migrar en una oportunidad de vida.

Al mes, encontramos el conservatorio infantil Merit School of Music de Chicago, donde becaron a los niños para que continuaran sus estudios.

Formamos una sociedad con mis hijos mayores. Sabíamos que sólo unidos, en equipo, podríamos salir adelante en el país que te abraza y te brinda todas las oportunidades, y donde puedes equivocarte y levantarte las veces que sea en sus muchos caminos.

Encontré un trabajo en Yolanda's Bridal en Chicago Heights. A modo de terapia, yo había estudiado diseño y alta costura; tenía oficio y ventaja, pues muy pocas sabían hacer patrones y crear diseños exclusivos. Me encantó trabajar para mujeres. La costura no me parece vanidad, sino empoderamiento femenino.

Varias veces estuvimos a punto de tomar un Tornado de regreso, pero siempre aparecía algo bueno. Eso ocurrió con el contrato que firmamos con Tenochtitlan Restaurant en Blue Island, donde había clientela anglosajona a la que le gustaba la *spanish guitar*.

Mi esposo regresó a México, era maestro de un *cebitis*. Venía cuatro veces al año y tardó cinco años en volver para quedarse. En ese periodo yo estuve al frente, responsable de toda la familia. Fue duro experimentar la separación familiar, pero cuando hay un porqué y un para qué, encuentras un cómo.

Cícero, Illinois, fue nuestro segundo hogar; es un suburbio a 15 minutos del centro de Chicago, con una gran población de mexicanos. Celebrábamos con pozole y birria estilo Jalisco, y comenzamos a cenar pavo el Día de Acción de Gracias. Ahora estábamos ubicados estratégicamente, con condiciones para crecer, y el equipo estaba completo. Teníamos una casa grande, los chicos iban a Morton East High School y yo me involucraba como presidenta de la

Sociedad de Padres. En esos años decidimos poner una pausa al grupo, cuando todos se fueron a la universidad.

Yo seguí involucrada con la comunidad: mi principal misión se enfocaba en los músicos migrantes mexicanos, la educación musical y la difusión de la cultura mexicana. Tengo la fortuna de tener grandes mentores, muy experimentados; pido consejo y aprendo. Descubrí, además, muchas oportunidades en el poderoso mundo del español en Estados Unidos. De forma independiente, he colaborado con varias organizaciones.

Poco a poco me reconocí como activista; estaba en mi naturaleza desde niña, pero fue aquí donde por fin me sentí cómoda e identificada. Entendí a fondo la palabra *derecho*. Apoyo causas como la legalización de profesionales indocumentados, graduados de universidades estadounidenses, que no tienen permiso de trabajo.

Mi primer error fue que, durante los primeros cinco años aquí, quise hacer las cosas como en México, hasta que entendí que debía empezar de cero, aprender y entender. En México, el medio cultural está institucionalizado por secretarías de cultura del gobierno federal y estatal. En Estados Unidos hay agencias, nacionales, estatales, que apoyan a través de organizaciones sin fines de lucro, con esa misión y con certificación.

Aquí entendí que los servicios van en función de los impuestos recaudados, del dinero. Hay programas de ciencia y artes después de clases, opciones de educación musical, un *gifted program* para niños inteligentes y oferta de deportes como natación, tenis, golf... Pero no todos tienen el mismo acceso: muchas minorías, sobre todo en los suburbios, tienen muy poco o ninguno. Los latinos somos la mayor minoría y nos hace falta tener más presencia. Es un arte abatir estas desventajas, pero, como se dice en México, "el que es perico donde quiera es verde".

Cuando fui presidenta de la Sociedad de Padres de Morton East High School en Cícero, logramos designar al primer director latino, mexicano, en

la historia de la escuela; enseguida ganamos un premio nacional por desempeño académico. Me enorgullecen estos logros y los de mis hijos mexicanos en Estados Unidos.

Mi hija Andrea Salcedo es la primera mujer mexicana guitarrista de flamenco. Estoy muy orgullosa de ella y de haberla ayudado para que cumpliera su sueño: disfrutó el honor de ser invitada a los festivales de flamenco en Madrid Suma Flamenca Joven y Ellas Crean. Mi hija se fue y allá se quedó. Los sueños sin libertad no están completos.

Me enorgullece haber creado la iniciativa Jazz a la Mexicana, junto con mis hijos y el colectivo de jazzistas migrantes mexicanos en Chicago, con la colaboración del maestro Arturo Palafox de Guadalajara. Hicimos historia: fue la primera banda completamente mexicana en tocar en el emblemático e icónico Jazz Showcase de Chicago, fundado en 1947.

Mi hijo Diego Salcedo creó el Programa de Guitarra Instrumental Mexicana en Casa Michoacán, en Pilsen: el barrio cultural mexicano. Su misión era canalizar el talento y ser una herramienta de desarrollo intelectual.

En 2018 organicé la celebración del centenario del maestro Juan José Arreola, en la UNAM-Chicago. "Arreolinos en Chicago" se inspiró en mi recuerdo de niña, cuando vi a Arreola pasar en su motoneta, vestido de negro, con sombrero y capa al viento por las calles de Zapotlán el Grande. Siempre he sido congruente y comprometida con el legado de mi tierra.

Durante 22 años de trabajo he buscado la equidad en el arte. Creo en las pequeñas acciones de alto impacto. Me siento agradecida, privilegiada por tantas oportunidades. Mi sueño es mexicano; mi amor y mi compromiso son por mi comunidad, por México, y son más fuertes que nunca. Mi visión es global y, desde Chicago, abrazo los grandes retos que vienen. Pido a Dios salud para seguir trabajando junto a mi equipo para ir al siguiente nivel, con aliados grandes, increíbles, y disfrutando del camino.



Are you really Mexican? o una triangulación de recuerdos de unx mexicanx

Héctor García Chávez

Escena uno: 1992, Massachusetts. Estábamos mis amigxs y yo de pie, tomando una cerveza en una fiesta, y se me acercó una joven estudiante del Smith College. Días antes, mientras observaba cómo unos *frat boys* metían un barril enorme de cerveza en la regadera, me contaron que las señoritas de Smith College eran *girls with pearls*. O sea, niñas bien, niñas fresas *WASP* recatadas con collares de perlas.

Ella y yo platicamos unos segundos y luego me dijo: "*You are too tall to be Mexican! Are you really Mexican?!*". Yo le pregunté si había ido a México; si sabía que en Chicagolandia somos millones de mexicanxs de todos los tamaños y sabores, que comer tacos con aguacate y celebrar un cumpleaños con mole y almorzar una gordita con requesón es nuestro pan de cada día. Ella me contestó que no, que nunca había estado en México, que ignoraba la migración masiva de mexicanxs a Chicagolandia y que pensaba que todxs lxs mexicanxs eran como lxs que salían en las películas y series de televisión. Me pareció que no le importaba un comino que le contara sobre la bella diversidad de mexicanxs por el mundo. Seguíamos de pie, la cerveza ya se había calentado, me quería alejar de su presencia, y repentinamente me dijo: "*You are the first real Mexican I have ever met!*".

Escena dos: 1986, Durango. Estábamos de visita en casa de mi tío; mi familia había decidido viajar a Durango, Durango, para pasar el fin de año festejando en buena compañía. Añorábamos estar rodeadxs de familia. Hacía más de un año que no viajábamos a México y yo estaba a punto de cumplir los 14. Estábamos en casa de mi tío Gonzalo y había mucha refocilata agradable, mucha risa; hacía tiempo que no veía a mi querida mamá tan contenta.

Después de unos días y peleas que surgieron a raíz de jugar canicas, mis primxs empezaron a burlarse más y más de mí: yo era el primo que venía “del otro lado”. “¡Eres un pocho!”, me gritó uno de mis primxs. Yo me sentí muy mal, no sabía lo que era un pocho, pero por la voz feroz y atacante sabía que no era nada bueno. Le pregunté a mi mamá qué significaba. Me lo explicó en breves palabras y con voz autoritaria les dijo a sus sobrinxs que no me dijeran así. Grité: “¡Yo no me fui, a mí me llevaron!”. Se calmó la pelea, mis primxs se salieron a jugar al patio de la casa y yo me quedé en la cocina.

Años después me di cuenta de que desde entonces yo ya sentía que vivía entre dos mundos, un espacio liminal entre mi nueva vida en Chicagolandia y el pasado tan presente de mi historia familiar con raíces tan profundas en la sierra de Durango. Quizás por estas razones de nostalgia, saudades —diría Fernanda, mi amiga brasileña—, seguimos ahora tomando pinole durante días de frío, comemos capirotada el Viernes Santo y bañamos los coricos en atole de chocolate. Porque para ser un real duranguense no puede faltar el atole de chocolate.

Escena tres: 1994, Chicago. Terminé mis estudios de licenciatura en Massachusetts y regresé a Chicagolandia a buscar trabajo. Como tenía intenciones de ser oftalmólogo seguí con mi puesto de asistente en una clínica. Lo malo era que sólo trabajaba tres días por semana y yo necesitaba trabajar todo lo posible con tal de ahorrar para mis estudios de posgrado. Fui a una fiesta y allí unx amigx me dejó saber que el Museo Mexicano buscaba un traductor y archivista. ¡Perfecto!, pensé. Yo había pasado un verano haciendo una

pasantía en The Art Institute y hasta había soñado con ser curador de una galería o un museo. Preparé mi currículum, me presenté para el puesto y ¡zas!, lo conseguí.

Llegué a mi primer día de trabajo; estuve nervioso, emocionado y pensativo toda la mañana. Llegó la hora de lonchear y me fui al comedor. Estaba solo y me puse a comer. De repente llegó una señora mayor y se sentó. Me preguntó quién era yo y le dije que acababa de comenzar a trabajar en el museo. Ella me compartió que llevaba años en el museo y que tenía un cargo administrativo. Se le notaba que trabajaba allí con mucho orgullo. Me preguntó de qué parte de México era y le contesté: “Norteño, yo soy duranguense”. Ella frunció el ceño y me dijo con voz acalorada: “Ah, eres norteño, de los que niegan que tienen sangre indígena”. No supe qué contestarle en ese momento; me quedé sin palabras. ¿Cómo explicarle que dentro y fuera de México hay muchos Méxicos? ¿Que en mi familia no decimos *campasúchil* sino *zempual*? ¿Que nunca cocinábamos con chile chipotle sino con el chile pasado que sabe tan sabroso con papas bien picaditas y queso de la sierra?

Por tonto y para cambiar la conversación, le pregunté por qué la tienda del museo se llamaba Tzintzuntzán. Salí regañado otra vez: “¿Qué no sabes que esta palabra significa ‘colibrí’ en purépecha?”. Yo le contesté que en Durango decíamos *chuparro* y no *colibrí*. Michoacán no era Durango, como Miami no era Chicago. No le agradó para nada que le contestara con breves pero firmes palabras.

Escena cuatro: 2003, Girona. Por cuestiones de trabajo me encontraba en Catalunya. Siempre he sido un “pata larga” y me encanta viajar y trabajar por todo el mundo. Cuando me llegó la oportunidad de dar cursos en Barcelona, ni lo dudé: me fui felizmente. Después de unos meses de chamba en la universidad, decidí tomarme unas vacaciones con unx amigx. Llegué a Girona desde Barcelona en tren y, al revisar los horarios en la estación, noté

que mi amigx llegaría tarde por culpa de un tren averiado cerca de la frontera con Francia.

Me fui al baño y luego a un café para empujarme una palmera de chocolate. Me senté con tranquilidad y en buen ángulo para seguir mirando a la gente variopinta en esta ciudad con tantas historias y tantas iglesias. Organizaba mi estadía: quería ir a los baños árabes, al Casc Antic y a El Call, uno de los barrios judíos mejor conservados en toda Europa.

Sentía que me miraban; disimulé y vi a mi derecha y a mi izquierda. Noté que se acercaba una señora de unos 50 años; sonreía y se sentó a mi lado. “¿Eres de por aquí?”, me preguntó. “No”, le contesté. “Soy de Durango”. Ella me dijo que mi acento no correspondía con el de otras personas vascas que había conocido. ¡¿Vascas?! Yo fruncí la frente y le expliqué que nací en Durango, México. Me contó que Durango era una ciudad pequeña en el País Vasco, no tan lejos de Bilbao. Ella no sabía que existía un Durango en México y yo no sabía que existía otro Durango en el País Vasco. Me cayó el veinte.

Recordé que en mi enciclopedia había leído que el noroeste de México había sido antes la Nueva Vizcaya (Durango, Sinaloa, Chihuahua). Se lo había preguntado a mi tío Gonzalo y él me lo había confirmado. Me dijo, además, que el explorador Francisco de Ibarra había fundado Durango en 1563. Tanto él como mi mamá nos decían que lo más seguro era que tuviéramos antepasados vascos, familias vascas que se habían asentado en la Sierra Madre Occidental a fines del siglo XVIII. No por nada nuestro apellido era de Navarra. Además, mi mamá conservaba unos libros religiosos españoles impresos en 1793 que su abuela Jacinta había guardado en la capilla de Metates, Tepehuanes, Durango. Sí: la migración, ser “patas largas” y guardar reliquias eran atributos de nuestra familia norteña.

La mujer catalana me veía con curiosidad y yo seguía ensimismado, tenía calor, sudaba a chorros. Sentía algo entre malestar y sorpresa. Sentía desasosiego como cuando entré al Real Monasterio de Santa María de Guadalupe en Guadalupe, Extremadura, en 1993 y me di cuenta de que la primera Virgen de Guadalupe no era mexicana sino ibérica. Ser mexicanx es ser producto de un popurrí de tradiciones, una amalgama de voces e historias, un

sincretismo fructífero novohispano que desborda y desafía fronteras, límites y etiquetas.

Escena cinco: Siempre, Estados Unidos. Hasta la fecha noto que muchxs mexicanxs quieren controlar el significado de la esencia mexicana. Cada mexicanx tiene su versión de México, de su mexicanidad, de ver el mundo. ¿Para qué tanta vigilancia e inspección entre mexicanxs? Como buen mutante cuir, sigo adaptándome y subvirtiendo expectativas de las normas heteropatriarcales sofocantes. Hay que cuestionar los binomios tóxicos y estáticos. Nada mejor que seguir estirando la liga; la elasticidad podrá incomodar y hasta horrorizar, pero nos es muy útil para cuestiones de identidad y de índole sociocultural.

¿Existirá un decálogo oficial para ser un “*real Mexican*”?!

La noche de las elecciones del 2016

Gissel Escobedo

Nunca habría imaginado lo que estaba viendo en la pantalla del televisor aquella noche de las elecciones del 2016. El mapa de los Estados Unidos se coloreaba de azul y rojo. Cuánto me habría alegrado que predominara el azul: así hubiera sabido que la ganadora sería demócrata. Pero no sucedió así. A cada hora miraba cómo el rojo se extendía en el mapa: el candidato republicano llevaba la delantera.

Las elecciones, como en otros años, ocurrieron en martes. En escuelas y trabajos no hubo labores. Algunas personas y organizaciones comunitarias se reunieron para seguir los resultados hasta el final. La de esa noche no era una elección como cualquier otra. Por una parte, una mujer estaba en la competencia. Si hubiera ganado habría sido la primera presidenta de los Estados Unidos, un logro increíble y un avance para las mujeres en la política. Y eso sí que habría sido un acontecimiento lleno de emoción y alegría. Pero, por otro lado, había una angustia enorme por el candidato republicano. Desde el principio, *djt* se lanzó a la plataforma política con una agenda agresiva en contra de los inmigrantes en Estados Unidos, en particular en contra de mi comunidad mexicana. Desde el principio su retórica era una locura, llena de ideas descabelladas. Y además era un candidato célebre, una figura del mundo de las finanzas y *reality shows*. No lo tomé en serio, pero, al ver cómo

avanzaba en el proceso para ser presidente, me empezó a preocupar. Entre algunas de sus promesas de campaña estaban reforzar el departamento de inmigración para aumentar deportaciones y dismantelar programas como DACA (Deferred Action for Childhood Arrivals) y TPS (Temporary Protected Status); además, iba a disminuir las posibilidades de entrar al país por vías legales. De esta manera les prometía a sus seguidores una solución a los problemas económicos y sociales, y haría que América fuera *great again*. Una *slogan* que hasta la fecha provoca una sensación de asco en mi estómago.

No recuerdo exactamente la hora en que se dio a conocer al ganador. Pero sí recuerdo su imagen en la pantalla. Era cierto: *djt* había ganado la elección.

Pensaba que todo era una pesadilla. Pasé horas pensando que el pueblo estadounidense no permitiría que aquella persona con una retórica tan hostil subiera al cargo de presidente. Me quedé despierta hasta el final, guardando esperanzas de que al final ganara Hillary Clinton. Pero no fue así.

Esa madrugada fue una de las noches más frías que he sentido en mi vida. Una ola helada me invadió. Sentí cada parte de mi cuerpo temblar. Por más que quería calentar mis manos y pies con una cobija gruesa, no había manera. Las promesas de campaña del candidato republicano podían cumplirse. No había manera alguna de recuperarme de esa fría realidad.

No era la primera vez que sentía tanto miedo. Desde niña sabía muy bien que no éramos de aquí. Sabía que había llegado con mi mamá y mi hermano. Sabía que tiempo después llegó mi papá. Sabía que éramos inmigrantes.

Del viaje en sí, lo único que queda en mi memoria son *screenshots*: la luz brillante en el avión; un moretón sangriento, rojo y morado, en el brazo izquierdo de mi mamá, y una mujer bien vestida que me cargó en sus brazos.

—Nuestro viaje a Chicago fue traumático —me contó mi mamá—. Después de dos horas, Raulito empezó a brincar en el asiento. No podía estar quieto. Se mordía las manos. —Al hacerle más preguntas sobre nuestra llegada, me contó que ella intentaba abrazarlo y, con su fuerza, sostenerlo y

calmarlo—. Pero él estaba fuera de sí, no reaccionaba. Y finalmente me mordió. Pobrecita de ti. Él brincaba. Yo te hacía a un ladito. Fue cuando la auxiliar del vuelo te cargó en sus brazos y te llevó a la parte de atrás del avión.

Mi papá me contó más sobre nuestra partida. Nuestro viaje empezó por la mañana cuando nos subimos al camión que salió de Nuevo Laredo, Tamaulipas, a Monterrey, Nuevo León. Mi papá nos acompañó hasta el aeropuerto:

—Yo los dejé hasta donde me permitieron entrar en el aeropuerto porque allí ya tenían que entrar ustedes. Yo sabía exactamente a qué hora iban a despegar porque eran pocos vuelos. —Después guardó un silencio profundo. Entendí lo que sintió al recordar nuestra partida.

—De Monterrey teníamos que llegar directo al aeropuerto O'Hare de Chicago en cuatro horas —contó mi mamá—. Pero se atravesó una fuerte tormenta de lluvia y el piloto del avión tuvo que aterrizar en San Luis, Misuri. Así que el viaje se alargó otras cinco horas más.

Mi hermano mayor Raúl, que entonces tenía cinco años, había sido diagnosticado en México con autismo y una discapacidad intelectual profunda a la edad de tres años. Después de consultar a expertos y de tratar a Raúl para mejorar su comportamiento, mi madre siguió su búsqueda de tratamientos en los Estados Unidos. Llegaron a Chicago porque aquí estaba la familia de mi mamá. Al conocer lo que implicaba el cuidado de mi hermano, mis padres tomaron la decisión de quedarse en los Estados Unidos. Primero llegamos en el avión mi mamá, mi hermano y yo. Un mes después de haber conseguido visa, y de haber renunciado a su cargo laboral, mi papá nos alcanzó.

Ésas fueron las circunstancias de mi familia y así fue como a los dos años y diez meses, en 1989, comenzó mi vida en los Estados Unidos.

Aquella noche de las elecciones, por más que intentaba dejar a un lado los resultados, no podía dormir. “¿Y ahora qué va a pasar?”.

Entre otros asuntos, tenía muy presente la fecha 18 de noviembre del 2016. Ese día, justamente 10 días después de las elecciones, iba a firmar documentos importantes para la compra de una casa. Pensé: “¿Y ahora qué voy a hacer con tan grande deuda? ¿Y si tengo que dejar mi trabajo? ¿Y si me corren del país? ¿Qué voy a hacer con la casa? Mi familia no podrá con esta deuda enorme”. Me entró una gran preocupación y, semanas después, empecé a sentir coraje y tristeza a la vez. ¡Qué injusticia!

Pero, en realidad, así no es como tendría que contar mi historia. Tendría que contarla sumando todos estos detalles:

- Que seis meses después de que se nos venció la visa de turista, nos convertimos en familia inmigrante sin documentos.
- Que, sin documentos, mi papá sólo tuvo una opción de trabajo y podíamos ser deportados.
- Que, sin documentos, mi papá no podía sacar un permiso de estacionamiento para personas con discapacidad.
- Que, sin documentos, mi mamá y mi papá se encargaron del cuidado de mi hermano sin apoyo económico ni de Servicios Sociales.
- Que, sin documentos, mi padres tenían que pagar cientos de dólares cada año para el cuidado dental de mi hermano.
- Que, sin documentos, la única opción para el cuidado de emergencia era el hospital estatal donde la espera para ver el médico era de entre ocho y 10 horas.
- Que, sin documentos, en mayo del 2010 me recibí de la Universidad de Illinois en Chicago, con honores, con un Dean Merit Award, el reconocimiento más alto que se le otorga a un estudiante en mi categoría de estudio.
- Que, después de 23 años sin documentos, mi hermano recibió una visa humanitaria por ser víctima de un crimen.
- Que, después de 23 años sin documentos, mis padres recibieron una visa humanitaria por ser padres de la víctima.

- Que, después de 22 años, una licenciatura y a punto de terminar una maestría, califiqué para el programa DACA en el 2012.
- Que, después de 24 años de haber llegado a los Estados Unidos, mi mamá y mi papá recibieron su residencia permanente después que mi hermana menor, la única de la familia que nació en este país, cumplió 21 años y pudo hacer una petición familiar por ellos.
- Que, después de cumplir cuatro años con la visa humanitaria, mi hermano calificó para la residencia permanente.
- Que, desde que tengo el estatus de DACA, obtuve mi licencia de conducir, mi identificación estatal, mi licencia para ser maestra y un seguro social sólo para trabajar.
- Que, después de tantos retos, por fin pude comprar una casa para mi familia y para mí.

Así tendría que contar la historia. Todos estos años de retos y perseverancia culminarían en la compra de una casa. O mejor aún, culminarían en rozar el famoso sueño americano de los inmigrantes.

Pero la verdad es que ese sueño americano no es más que eso: un sueño.

Aquella madrugada, frente a los resultados de las elecciones, sentí cómo se desvanecía esa imagen de mí, feliz al regresar con mi familia con las llaves de nuestra casa. Pero esa alegría solamente estuvo en mis pensamientos porque en realidad experimentaba un miedo espantoso. Miedo de perder todo en un abrir y cerrar de ojos.

Apenas unos meses atrás, antes de la elección, me había apresurado a llegar a un evento en la Universidad de Loyola. El senador Durbin hablaría sobre la historia y el impacto de DACA en la sociedad. Iba casi corriendo, en contra del tiempo, para llegar. Entré al elevador y, justamente cuando

presioné el botón para cerrar la puerta y subir, lo detuvo una mano. Era un hombre bien vestido, de corbata y traje negro, y detrás de él estaba un grupo de personas, vestidas igual de bien, que acompañaban al senador Durbin. ¡Increíble! El senador y yo íbamos en el mismo elevador. Aunque nerviosa por el encuentro, le dije:

—*Senator Durbin, my name is Gissel Escobedo. I'm a DACA recipient and a teacher. I want to thank you for your support.*

Aunque sí me respondió amablemente, no recuerdo cuáles fueron sus palabras.

Enseguida, el senador se dirigió a la plataforma para dar su discurso. Me interesaba lo que tenía que decir sobre DACA, pero, aún más, quería escuchar de primera mano al senador que nos aseguraría que *djt* no iba a ser el siguiente presidente. Pero me equivoqué. Aunque mantuvo un mensaje de esperanza en su discurso, no había garantía de que Hillary ganara. Debí sentir mucha angustia, pero en ese momento no fue así. Quizá aún no creía que *djt* sería elegido.

Lo que sí recuerdo claramente es que, al final de su discurso, el senador me mencionó:

—*By the way, I just met on the elevator a young DACA recipient. She's a teacher. Is she here?*

El senador movió su cabeza de un lado a otro para buscar, y yo al mismo tiempo levanté mi mano y exclamé:

—*Here!*

Después me pidió amablemente:

—*Tell us your story.*

Me pasaron el micrófono y empecé a relatar:

—*I just came back from parent-teacher conferences. I'm a kindergarten teacher in Berwyn, Illinois. —La audiencia comenzó a aplaudir—. I'm so happy. When you speak about the time that has come, I vividly remember: I was on my way to Navy Pier and there were so many undocumented youth in that train going to Navy Pier. We got off the train at State and Lake. As we were waiting for the Navy Pier bus, there was a lady there waiting too, a*

Latina woman. She was looking around. Noticing that everybody had documents, and backpacks and briefcases. She said: "Oh, you are the dreamers I heard about you on the news! Congratulations! Your time has come!". To this day I vividly remember the words this woman said to me because DACA was transformational. DACA is a transformation on so many levels. I'm just about to purchase a house for my family, for my brother who has an intellectual disability and is also undocumented. Now, I can go back to my community to teach and be a part of the solution to educational issues that are important as well. It's all connected. Today we are here together. It will allow us to move forward. Thank you.

El público volvió a aplaudir.

—*I could not have ended it better myself. Thank you.*

Así cerró el senador su discurso.

Ese día conté mi historia en un espacio público y mi papá estaba allí para presenciarlo. Mi historia fue parte de una discusión nacional más amplia y una validación de nuestras experiencias y contribuciones. Como no sabíamos del sombrío evento que nos acechaba, aquello se sintió como una celebración de logros y avances para este grupo en particular. Para nosotros, los *dreamers*.

Recuerdo una escena de tres años atrás, en el 2013. Mientras mi mamá lavaba los platos en la cocina, hablaba por teléfono con un familiar. Yo, en mi habitación, recibí la llamada de la directora de la escuela primaria en donde me habían hecho una entrevista. Después de colgar, interrumpí a mi mamá:

—¡Amá, me dieron el trabajo!

Se giró a verme y me dijo:

—Ay, hija. Qué bueno, gracias a Dios.

Después volvió para lavar los platos y rápidamente le contó la noticia al familiar. Yo volví a mi habitación. Suspiré y lloré. Fueron lágrimas de recuerdos y alivio.

Tres años antes, en el 2010, cuando DACA no era una opción, había ido a una entrevista en una escuela privada. Iba bien vestida y llevaba conmigo mi portafolios de trabajo. Me acababa de graduar de la universidad. Estaba preparada para enseñar, pero intuí que trabajar ahí era imposible. En fin, dicen que la esperanza muere al último, ¿verdad? Entonces dejé a un lado esa imposibilidad, me senté frente al director de la escuela y le expliqué mi desafío. Él fue muy amable y también directo en sus palabras. Dijo algo así como:

—I'm so sorry. You'd be a perfect candidate to join our institution, but there is no way that I could hire you. The law does not allow me... —pausó, como para darme oportunidad de procesar lo dicho—. I know a lady who has a daughter just like you. She cleans my house. Her daughter is at Harvard getting her PhD. Imagine that! A degree from Harvard and there's no way she could be hired. —Se le humedecieron los ojos, y luego a mí.

Por eso, que Obama apareciera en la televisión anunciando el programa DACA fue todo un acontecimiento.

En 2013, sólo ocho meses después de recibir el apoyo de DACA, me convertí en la maestra Escobedo. Por primera vez tuve la maravillosa oportunidad de ver mi nombre escrito en una placa de nombre en el salón: Ms. Escobedo, maestra de ESL, inglés como segundo idioma. Leí mi nombre nuevamente en mi tarjeta de identificación escolar: Gissel Escobedo, maestra de primaria. Por primera vez pude verme más allá de los límites en los que estuve confinada desde el día que expiró mi visa cuando tenía tres años.

Como maestra, nunca he perdido de vista de dónde vengo ni que hacía sólo unos años resultaba imposible imaginarme abriendo la puerta de mi propio salón de clases. Desde que entré al programa DACA, mis experiencias han sido transformadoras tanto personal como profesionalmente. He apoyado los esfuerzos de mi escuela para lanzar un programa bilingüe, cuyo propósito es mantener y adoptar nuestra identidad bilingüe y bicultural en

los Estados Unidos. Después de un año de preparación, en el 2016, una colega y yo fuimos las primeras maestras en poner a prueba este lindo programa en nuestro distrito escolar 100 en Sur Berwyn, Illinois.

En la noche de las elecciones, todo eso, todo lo que había vivido y por lo que había trabajado duro hasta ese momento, se derrumbó ante mis ojos. Sólo hacía falta una persona con ese tipo de poder para emitir una orden ejecutiva que dismantelara el programa. Para *djt*, DACA era algo que debía eliminarse como una forma de mostrar poder y control político; para mí, un salvavidas.

Lo que pensé, la noche de las elecciones, fue que el gobierno tenía toda mi información personal almacenada en su base de datos. Si querían, podían buscar mi información y obligarme a salir del país al instante. Así de aterradora se sentía esta situación.

Después de las elecciones, ya no me preguntaba si el gobierno vendría tras la comunidad de inmigrantes sin documentos. Ahora era una cuestión de cuándo. ¿Cuándo vendrían por nosotros? El miedo era tan real que incluso varias veces me quedé dentro de mi salón de clases hasta que llegó la hora de que el conserje cerrara la escuela, a las 10 de la noche, porque me sentía más segura en el salón de clases que en mi propia casa.

Poco después de las elecciones, mis redes sociales se llenaron de talleres como "Conozca sus derechos" y "Cómo grabar a la agencia de inmigración en la comunidad". Unos días después de las elecciones, asistí a un foro comunitario en Pilsen. Alrededor de 50 personas, activistas comunitarios e inmigrantes nos reunimos para compartir nuestro sentimiento y reforzar nuestro poder colectivo, nuestra conexión como comunidad. Durante la reunión, yo escuchaba y asentía con la cabeza tranquilamente.

Al final, cuando me dirigía a la salida, me abrió la puerta que nos llevaba al *lobby* del lugar una de las personas que organizó el foro. Después de agradecerle, sin pensarlo, me eché a llorar. No pude aguantar más todas las emociones. Rápidamente se me acercó una linda persona que conozco desde hace muchos años, una activista en Pilsen que por años ha luchado con nosotros. Me abrazó con fuerza y, entre lágrimas, exclamó:

—¡Sobre nuestro cadáver, hija! ¡No se los van a llevar! ¡Tendrán que pasar sobre nuestro cadáver!

Ay, qué alivio fue haber sentido el abrazo tan cálido y sus palabras tan confortantes. Fue en estos espacios donde sentí el calor que tanto necesitaba mi cuerpo. La calidez de la gente. Su compañía, sus abrazos y sus mensajes.

Si bien es cierto que después de las elecciones la administración de *djt* terminó con *DACA*, también es verdad que no pudo terminar el programa en su totalidad. Lo que yo no sabía la noche de las elecciones era que los tribunales nacionales y estatales jugarían un papel crucial para evitar que *DACA* fuera desmantelado. Lo que yo no sabía la noche de las elecciones era exactamente cómo y en qué medida los organizadores de la comunidad y nuestra comunidad inmigrante nos movilizaríamos en solidaridad, en pro de nuestros derechos humanos.

Lo que sé ahora es que como comunidad enfrentamos nuestros miedos y la hostilidad con valentía y el poder del pueblo. Nos reunimos, nos organizamos, creamos estrategias, y movilizamos esfuerzos para proteger y denunciar políticas y prácticas de inmigración racistas e injustas. La noche de las elecciones me invadió el miedo, pero el 5 de septiembre de 2017, cuando la administración de *djt* anunció el fin de *DACA*, valerosamente hice oír mi voz cuando me paré enfrente de varios medios de comunicación bilingües y ante miles de personas reunidas en la Plaza Federal Daley dije:

—Para todos nosotros, en la comunidad indocumentada, y para los afectados más recientemente, los beneficiarios de *DACA*: no están solos, no

estamos solos. Somos luchadores. Somos resilientes. Siempre lo hemos sido. Vamos a salir de esto. Resistiremos.

Los fuertes aplausos y el coro de la multitud me hicieron sentir segura. Estaba segura de que tenía una comunidad detrás de mí. No estaba sola.

10 días después de las elecciones, después de que firmé todos esos documentos importantes, me volví dueña de una casa. Como era otoño, el día se oscureció más temprano. Al regresar a mi casa un poco después de la puesta del sol, le tomé una foto al cielo. Por la noche reflexioné sobre lo que había pasado hasta ese día y escribí en un *post* de Facebook:

Hoy me convertí en dueña de una casa. Sin duda, un gran logro y un reflejo de mi deseo de permanecer en el único lugar que conozco. Sin embargo, procedo con cautela ya que el futuro parece incierto. Mientras conducía lentamente de regreso del cierre, miré al cielo preguntándome si estaba tratando de decirme algo. Tal vez para recordarme que incluso en los momentos más oscuros, siempre hay esperanza de una mañana mejor, o luz al final del túnel.

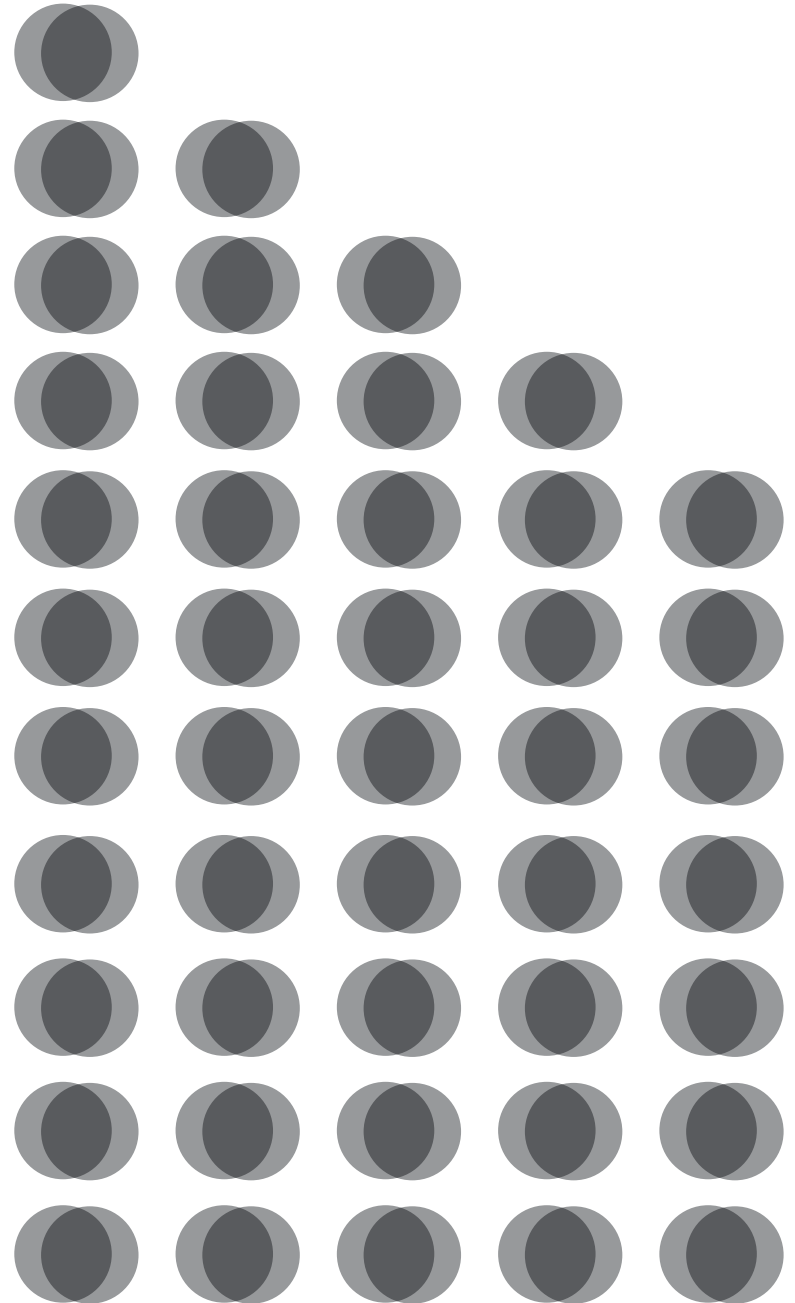
Han pasado seis años y cinco meses desde la noche de las elecciones. Lo que queda de esa noche son recuerdos sentidos en mi cuerpo como olas de miedo. Temibles olas de abruptas interrupciones y pérdidas. Miedo a volver a una época en la que como familia pasamos penurias. Miedo a perder mi sentido de pertenencia, identidad y sustento. Miedo a ser despojada abruptamente de mi familia, mi casa, mi comunidad y mi país. Miedo a enfrentar el cruel sistema migratorio y los centros de detención. Miedo a regresar a un país que, aunque me vio nacer y es muy lindo, no conozco.

A pesar de todo, *sigo aquí*. Sigo viviendo en el área de Chicago con mi familia y en mi propia casa. Sigo siendo maestra bilingüe y aportando a

mi comunidad. El programa DACA sigue colgando de un hilo en el sistema judicial, sin una legislación permanente en el congreso, pero ahora —más que en el 2016— me siento segura. Tengo la confianza de que no estoy sola y de que, igual que yo, hay mucha gente dispuesta a luchar con y por nosotros.

Como comunidad inmigrante seguimos adelante, organizándonos en persona y en espacios virtuales, abogando a favor de propuestas legislativas en nuestros estados y en el país, denunciando pública y abiertamente las prácticas injustas y tomando posesión de espacios públicos para crear un acogedor sentido de pertenencia cultural, lingüística y artística.

Aunque no sé qué me depare en el futuro, estoy segura de que, como comunidad, vamos a seguir adelante, con o sin DACA, con o sin el respaldo legislativo que justamente nos pertenece. Nuestra existencia, nuestra presencia y resistencia en este país se harán notar en nuestras historias contadas y documentadas, en el lenguaje figurativo de la poesía, en los cuentos, en las letras de las canciones y en el arte expresivo popular que refleja nuestras realidades, nuestra lengua, nuestra cultura e identidad: rica, viva y próspera.



Semblanzas

Alejandro Romero es artista plástico. Hizo estudios en la Antigua Academia de San Carlos y en el Art Institute de Chicago. Desde 1976 ha realizado una importante obra pictórica y muralística sobre los barrios y personas de Chicago. Ha diseñado portadas para autores chicanos en la editorial Arte Público Press, de Houston. Su obra ha tenido exposiciones individuales en México, Italia y Canadá, y ha sido incluida en exposiciones colectivas en Japón, Alemania, España, Portugal y Puerto Rico.

Olivia Maciel es doctora en literatura española y latinoamericana por The University of Chicago. Se ha desempeñado como profesora de español y literatura en instituciones de educación superior como The University of Chicago, University of Illinois Chicago, Northwestern University, DePaul University y Loyola University, entre otras. Es autora de la monografía *Surrealismo en la poesía de Xavier Villaurrutia, Octavio Paz y Luis Cernuda (1926-1963)* (2008), del libro de relatos *Espejos en un café* (2022) y de los poemarios *Más salado que dulce / Saltier than Sweet* (1995), *Luna de cal / Limestone Moon* (2000), *Filigrana encendida / Filigree of Light* (2002), *Sombra en plata / Shadow in Silver* (2005) y *Cielo de magnolias, cielo de silencios* (2015). Ha recibido premios otorgados por Northeastern Illinois University, Poets House, el Instituto de Cultura Hispana, el Cuerpo Consular Latinoamericano de Houston y University of Houston. Tradujo al inglés la novela *In Spite of the Dark Silence* (2010) de Jorge Volpi.

Carlos Arango es activista. Cuando estudiaba Derecho participó en el movimiento por las libertades democráticas en 1968. Fue profesor de Historia en el Colegio de Ciencias y Humanidades, donde colaboró con la publicación *De Espartaco al Che y de Nerón a Nixon* (1973). En Estados Unidos fue miembro de la organización Casa Hermandad de Trabajadores, que se encarga de publicar el periódico *Sin Fronteras*. Ha sido profesor en colegios y escuelas alternativas de Chicago, y director ejecutivo de Casa Aztlán, primer centro comunitario en el barrio de Pilsen. Es coautor, junto con Omar López y Jorge Mújica, de *Voces migrantes. Movimiento 10 de marzo* (2016).

Juan Díes es músico y cofundador de Sones de México Ensemble, organización cultural sin fines de lucro, dos veces nominada a los premios Grammy, que se estableció en Estados Unidos en 1994 para interpretar, grabar, enseñar y promover la música tradicional mexicana. Con el grupo ha grabado seis discos y ha tocado en más de 2,000 conciertos. Tiene una maestría en Folklore y Etnomusicología por la Universidad de Indiana, y ha dedicado su vida profesional a presentar, investigar, promover, enseñar e interpretar la música tradicional de México en Estados Unidos. Figura como exalumno distinguido de Earlham College, donde estudió Antropología y Música, y ha sido becario de Chicago Community Trust (2009), United States Artists (2019) e Illinois Arts Council (2020).

Margarita Moreno es madre, educadora y defensora de la educación bilingüe. Durante los últimos 13 años se ha desarrollado como líder a través de diversos roles: especialista bilingüe, asistente de maestra, maestra de primaria y propietaria de una pequeña empresa. Fundó LatinXChange, organización que aboga por crear oportunidades para educadores y estudiantes hispanos. Nació en Guaymas, Sonora, México, pero se crio en el suroeste de Chicago.

Maya Piña es gestora cultural, videógrafa y escritora. Es directora editorial de *El BeiSMán* y *El BeiSMán PrESs*. En Chicago, ha sido cofundadora de revistas literarias como *Fe de erratas*, *zorros y erizos*, *Tropel* y *contratiempo*. Es coautora del libro *Rudy Lozano: His Life, His People* (1991). Participó en las antologías *Voces en el viento. Nuevas ficciones desde Chicago* (1999), *Palabras migrantes. Ensayistas mexican@s de Chicago* (2019) y *Se habla español. Voces latinas en USA* (2000). Ha editado una decena de catálogos de artistas latinos de Chicago. Actualmente es directora de la Feria del Libro de Chicago, y codirectora de Pilsen Fest y Pilsen Gourmet.

Nora Sotelo es gestora cultural, licenciada en Administración de Empresas y productora ejecutiva de Salcedo Music, grupo que fusiona guitarra flamenca y jazz. Asesora proyectos en el ámbito musical, tanto en México como en Estados Unidos.

Héctor García Chávez es profesor. Trabaja en el Programa de Estudios de la Mujer/Estudios de Género en el Departamento de Lenguas y Literaturas Modernas de Loyola University Chicago, donde también funge como director de los Programas de Posgrado en Estudios de Género. Imparte cursos interdisciplinarios de teoría *queer/cuir*, estudios de masculinidad, migración y género. Además de ser miembro del consejo en MAKE Literary Productions, forma parte del consejo de Taller de José, una organización no gubernamental ubicada en La Villita, Chicago. Ha sido colaborador y ponente en la UNAM-Chicago por más de 15 años.

Gissel Escobedo es maestra. Hizo la licenciatura y la maestría en educación bilingüe en la Universidad de Illinois en Chicago. Por casi una década, ejerció como maestra bilingüe en Emerson Elementary, escuela primaria en el suburbio de Sur Berwyn, Illinois. Actualmente es *fellow* del comité de inmigración de Palenque LSNA (Liberating Spaces through Neighborhood Action), organización sin fines de lucro en Chicago, donde continúa apoyando los esfuerzos estatales en Illinois para defender y abogar por los derechos y el bienestar de la comunidad inmigrante.

COLECCIÓN TALLER

Nació de la aspiración de la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura de acercar la lectura y la escritura a muy distintos grupos, a áreas no siempre asociadas con los libros o los trabajos literarios. Al extender sus límites, hacemos que el calor de la literatura roce a más personas. Esta expansión se ha dado a través de talleres y esta colección alojará los textos que surjan de ellos. Quienes asisten a los talleres no son, necesariamente, profesionales de la lectura o la escritura, pero tienen algo importante que contar. Es por eso que trabajamos para que cada libro difunda el trabajo colectivo de tutores y alumnos de una manera bien planeada, cuidada, editada y diseñada para llegar a quienes desean leer algo distinto.

Narrar lo propio. Migrantes de México en Chicago, libro compilado por Sylvia Aguilar Zéleny y editado por la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México, se terminó de imprimir el 23 de octubre de 2023 en los talleres de Gráfica Premier, s. a. de c. v., calle 5 de febrero 2309, col. San Jerónimo Chicahualco, Metepec, Estado de México, c.p. 52170. Se tiraron 500 ejemplares en offset en papel bond blanco de 90 g, con forros en cartulina Classic Crest, Avalanche White, de 216 g. En su composición se utilizaron los tipos TT Fellows, Merriweather y Satoshi. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Eduardo Cerdán y la compiladora.

Este libro es el resultado del taller “Narrar lo propio” que, por invitación de Literatura UNAM y la UNAM-Chicago, tuve el placer de coordinar entre enero y marzo de 2023. Chicago se vuelve en estas páginas un lienzo enorme cuyas formas, colores y cadencias son, a su vez, distintas formas de activismo. **Margarita Moreno**, al contarnos sobre cómo hace tamales con sus hijas, nos recuerda también la importancia de mantener viva la herencia mexicana. **Carlos Arango**, **Alejandro Romero** y **Nora Sotelo** comparten ejemplos conmovedores de apoyo en la difícil tarea de hacer un nuevo hogar en otro país. **Juan Díes**, **Héctor García Chávez** y **Olivia Maciel** nos permiten observar las diferencias culturales entre un país y otro. **Maya Piña** y **Gissel Escobedo** nos internan en lo que significa luchar por mantener su lugar en el país de adopción. Lejos de narrar el llamado “sueño americano”, quienes escriben en esta antología nos regalan su genuina añoranza de ser mexicano y lo que ha implicado seguir siéndolo en Estados Unidos.

SYLVIA AGUILAR ZÉLENY
Compiladora



9786073081450



UNAM
CHICAGO

SDI
Secretaría
de Desarrollo
Institucional